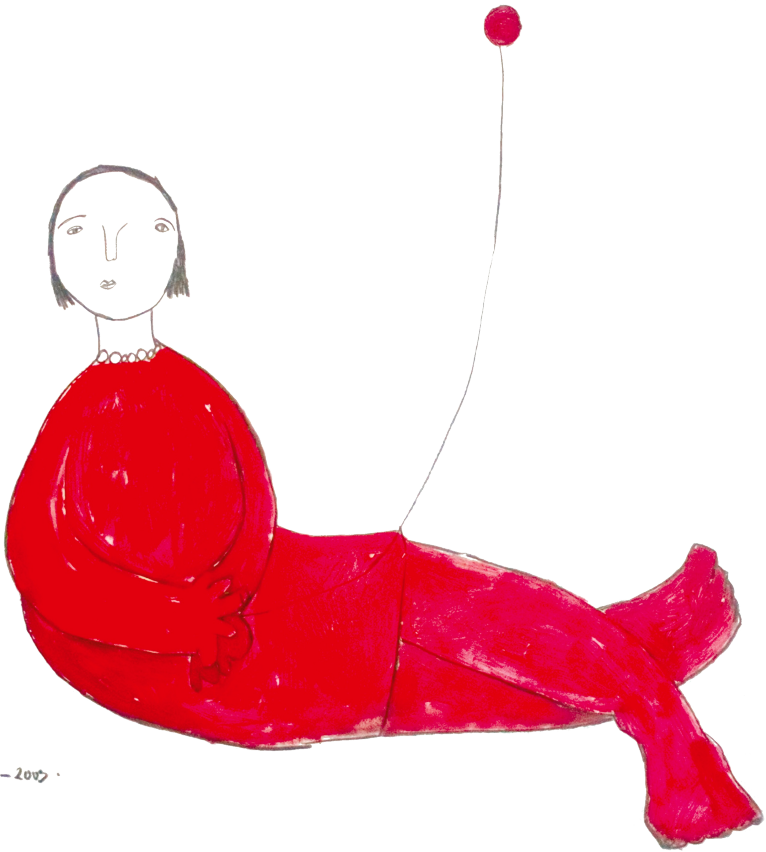


IMBORNABLES



Galeote-2005.

Kechu Aramburu
con dibujos de Cristina Galeote



Kechu Aramburu

Profesora de Filología Moderna. Profesora de Cambios sociales y Nuevas Relaciones de Género. De Atención a la diversidad. Jefatura de Formación, Evaluación e Innovación. Coordinadora de Coeducación. Legisladora en materia de Igualdad y Género en los tres Parlamentos. Diputada en el Parlamento Andaluz. Parlamentaria en el Congreso de los Diputados en Madrid, Eurodiputada en Bruselas. Miembro del Consejo de Administración de la Radio-televisión de Andalucía. Directora de la Revista "Europa- España", en la componente española del Parlamento Europeo. Tertuliana en la Ser, Tele Sevilla, Onda Cero. Articulista en el Correo de Andalucía, y el Confidencial Andaluz. Miembro del Fórum de Política Feminista. Patrona de la Fundación María Fulmen.

Hasta aquí me dediqué a estos menesteres, ahora sobre todo devoro la vida, me entrego a mi familia, mis amistades, me preocupo, y ocupo, del micro universo, leo en exceso, me acerco a la investigación de las ciencias sociales, y escribo porque la pluma y las teclas del ordenador me permiten hacer siempre lo que amo. Teniendo como seña de identidad mi compromiso irrenunciable con el feminismo.

Editorial María Fulmen

nº6

ensayo



- © De los textos: Kechu Aramburu
- © De los dibujos: Cristina Galeote
- © Del prólogo: Lola Álvarez
- © De la presente edición Fundación María Fulmen

Título: IMBORRABLES
Autora: Kechu Aramburu

Consejo editorial: Lola Álvarez, Kechu Aramburu, Nani Carvajal, Consuelo Flecha, Eloísa Galindo, Carmen Herrera, Pilar Troncoso.
Responsable de la edición: Carmen Herrera Castro
Diseño, ilustraciones y maquetación: Carmen Herrera Castro
Imagen de portada y dibujos a color: Cristina Galeote
Fotografía contraportada: Miguel A. Bascón Morales

ISBN: 978-84-09-18323-4
Impreso en España. 2021

FUNDACIÓN MARÍA FULMEN
Dirección web: www.fundacionfulmen.com
Email: fundacionfulmen@gmail.com

*¿Por qué me decido a escribir sobre mujeres,
poniendo el acento en la grandeza de sus trayectos?
Para la mayor parte de la historia "Anónimo" era una mujer*
Virginia Woolf



KECHU A DIEZ VOCES

Querida lectora, estimado lector: lo que tienes entre las manos aunque parezca un libro, no lo es. Te han estafado. Lamento profundamente decírtelo así, tan de sopetón, justo al comienzo de sus páginas, pero es lo que hay y ya saben que la que avisa... acierta.

Y te han estafado, claramente, porque esto que ahora sostienes entre las manos no es un libro al uso. No lo es, no. En realidad, y a pesar de sus hojas, su cubierta y su índice, es mucho más que un texto, mucho más que una historia inspirada, es... mucho más que todo eso. Es una luminosa conversación hilvanada a diez voces de otras tantas mujeres que han sido, son y serán imprescindibles, que es mucho más que decir irrepetibles o únicas, en el devenir de nuestra tierra.

Y digo voces, y digo bien, porque ninguna de ellas fue susurradora de nada, empezando por la que firma el corolario, la mano que fue apuntando, detectando con sensibilidad y acierto, esa imprescindible del ser —que bien podría decir Kundera— y que responde al nombre de Kechu Aramburu; una chica que se vino del Neguri vasco, a la muy sevillana avenida de Cádiz, haciéndole un dribling dialéctico a la cigüeña, para abrir los ojos, cerquita del Guadalquivir, a la luz de una mañana de octubre.

Peleona, rebelde —siempre con causa—, ha defendido desde las tribunas más diversas y siempre desde la

izquierda, los derechos de todos y muy en especial los de sus colegas de visión y género: las mujeres.

Su feminismo es de todo menos complaciente. Empeñada en una reflexión crítica permanente, desmenuza su voz violeta allá donde puede, dejando siempre clara su impronta guerrera que maneja con voz y guantes de seda ya sea como diputada andaluza, nacional y europea, ya como profesora en el Instituto del barrio sevillano de las Tres Mil Viviendas, ya como miembro del Patronato de la Fundación Fulmen, o del Fórum Feminista Andaluz, entre otros muchas presencias en las que se prodiga esta recién llegada a una jubilatio que ni ella misma aún se cree.

Mujer de paz, gusta de la charla sin postueros y llena sus intervenciones de flema e ironías que parecieran británicas si no supiéramos que es antigua alumna de la Sagrada Familia, y dio buena cuenta de las aulas del viejo Palacio Yanduri.

Amiga de sus amigas, siempre tiene un rato para saber qué le duele a cada una y una risa clara que echar a medias en cuanto alguien se despiste. Aunque no se le reconocen veleidades taurinas, es un hecho que para, manda y templea cómo y cuándo quiere ésta mujer, política dónde las haya, que necesita para vivir —aparte de una buena conversación y a sus amigas del alma— tener a Miguel cerca, a Javier siempre en su horizonte y corretear las playas de Sanlúcar con su nieta Ingrid.

Buena amiga y compañera también de las palabras, no se hizo filóloga por descuido, supo de siempre que tendría que utilizarlas bien y a conciencia. Y en estas páginas verán una buena muestra de ello, que hace falta manejar con destreza el vocabulario para poder

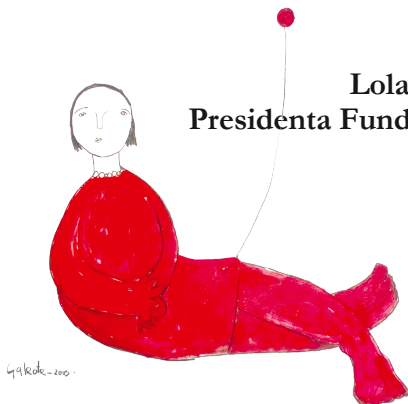
describir el alma y la vida de las diez mujeres, diez, a las que ha conocido, pensado, querido, explicado, y difundido, semana tras semana, desde las ciberpáginas de El Confidencial Andaluz y que desde ahora verán la luz, unidas para siempre, gracias a la Fundación María Fulmen que acogió el proyecto desde el primer momento, entendiendo que no había mayor justicia para las que han sido, son y serán, claros referentes del feminismo andaluz.

Aquí tienen ustedes diez voces, diez, que pregonan —y por este orden— a diez grandes de Andalucía: Julia, María José, Margarita L., Pilar, Margarita A, Aurora, Carmen, Amalia y Concha (compañera, la única que no podrá leer ya éstas páginas).

No terminará aquí el recorrido, Kechu ya anda en ello. Habrá otras diez, y otras diez, y otras vidas, testimonios de mujeres que visibilizar y sacar a la luz de la historia. Porque fueron, existieron, y es de justicia que las nuevas generaciones sepan y conozcan a quienes han de agradecer el poder dar hoy razón de su ser feminista.

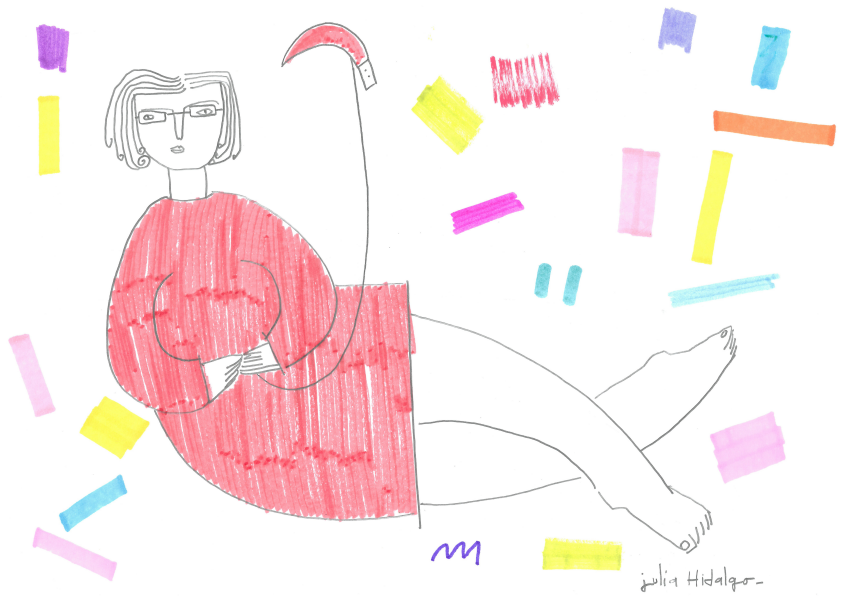
Pasen, lean y aprecien como la sororidad se convierte en decires únicos de mujeres, empezando por la que las cuenta. Todas, imprescindibles.

Lola Álvarez-Morales
Presidenta Fundación FULMEN



JULIA HIDALGO





m

Julia Hidalgo

La mujer que nunca se rinde

Hidalgo de Argüeso, la manzanilla, las bodegas, el abolengo, Sanlúcar de Barrameda... lo suyo hubiera sido comportarse, vivir, incluso militar en la derecha pero ese prisma estereotipado con el que se observan los perfiles, no encajaba en la ruta de la radicalidad. Julia decidió ser libre y estar con las libertadoras, sin la edad de los mayores, y luchando por la Democracia se hizo comunista, trasteó por el sendero del conocimiento, de la observación de la realidad, y aunque es sabido el inacabado maridaje de algunos clásicos —referentes de la ortodoxia— comulgó con las tesis feministas y se hizo amazona de la causa dentro y fuera.

A Julia, ni le sobra ni le falta patrimonio material, de lo que tiene excedentes. Es de una extravagante generosidad, por silenciosa y callada; lleva alpargatas y bolso de paja, su pelo es rabioso como ella y no se deja manejar. Es flaca, como la flaca que decía Jarabe de Palo, y menuda con su correspondiente antónimo, grande. Ella es la esencia, es como una Chanel 5, aunque para camuflarse utiliza a Paco Rabanne. Su porte respira grandeza, pero de la última capa de la cebolla, de la que no se toca, de la que sólo... se siente.

Julia fue un personaje clave en el franquismo, no como mujer de nadie sino como antifascista aguerrida e implacable. Víctima de Billy el Niño, conoció los calabozos y el exilio, se curtió en el cuerpo a cuerpo, y en la organización. Su mayor defecto, entonces y ahora, es

uno tremendamente peligroso: tiene la mala costumbre de decir la verdad mirándote a los ojos —especialmente con los fuertes—; no repara en los cargos de quien tiene enfrente, y no tiene bula. Lo que se ha ganado es un alicatado respeto de quienes la conocen en primera o cuarta línea.

Sólo ha gestionado sus silencios en los calabozos, y en un tramo de su vida decidió escribir su guión y no afilar más las navajas punzantes que hubiera podido utilizar. Tragó saliva, contó hasta tres, y sabiamente se aferró a su descendencia, a sus amistades, y al Partido. Hoy es una maestra en desactivar y prevenir la adversidad.

Julia ha sido oráculo clandestino (por ser mujer) de algunos secretarios generales del Partido Comunista, incluso de Izquierda Unida, casi siempre en momentos trágicos. Sabe demasiado... pero tiene tres garantías: es una tumba, no compite y le asiste la cordura. Aporta, además de todo, sabiduría, pureza de raza ética, insobornabilidad, sentido férreo de la igualdad, y la justicia, compromiso funerario de veinticuatro horas, y un saber estar sencillamente aterrador. Ella cabalga con ilustres y pone la tortilla de patatas detrás del mostrador de la caseta de feria de Sanlúcar o interviene en Congreso de Los Diputados en el 40 aniversario de la democracia, representando a lo más genuino de los represaliados, y a la vez pasa la noche contando votos en la sede de su pueblo, en todas y cada una de las elecciones. Ella es de verdad.

Julia ha removido sigilosamente cimientos de algunas estructuras poderosas, que los movidos nunca sabrán, pero era sagaz en diferenciar la paja buena de la que no, hábil y rotunda en llamar a las cosas por su nombre. Su dehesa, aislada del mundanal, ha sido y es, refugio de grandes operaciones, allí donde solo perturba

refugio de grandes operaciones, allí donde solo perturba un reloj que marca las horas. Ese micro territorio además de ser un remanso de paz, es trayecto de viajeros políticos que hacen parada y fonda, para reponer fuerzas, discursos, tácticas y estrategias de unidad.

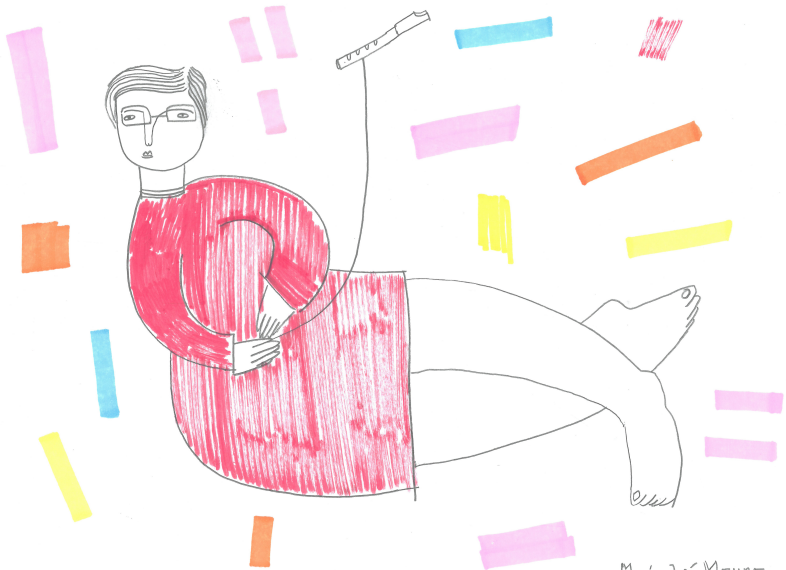
No necesita llevar ningún pin en la solapa, pero le tienta el ritual. Su inexplicable sobriedad hace que sus señas de identidad aparezcan cada vez que utiliza un vocablo, es una artesana en el discurso comunista cuando se dirige a los débiles, y una orfebre cuando es el tema mujer el que aparece en el orden del día. Su fuerza es inversamente proporcional a su estatura, con ella siempre hay que proveer micrófonos móviles, o atriles bajos. Afortunadamente no es corpulenta, porque es tan arrolladora, transporta tanto oxígeno, que esta intoxicada sociedad, si la conociera, tendría miedo a saber que es posible luchar sin morir en el intento, porque hay muchas mujeres anónimas que se han dejado la vida en ello, y lo han conseguido, sin ninguna muleta.

Y me despido con unas palabras de una mujer que Julia ama profundamente, Pasionaria, que decía: “Es preferible morir de pie que vivir de rodillas”.

Desde la misma trinchera... hasta ahora, hasta luego y hasta siempre, Julia.

MARÍA JOSÉ MORUNO





Maria José Moreno

La mujer que sabía a matriarca

No es ni grande ni pequeña, no es alta ni baja, no tiene más edad que la biológica, ama todo lo que hace y lo que deja de hacer, es tan austera como generosa, impone y no poco, aunque siempre da cobijo —y sobradamente— a las más débiles. Tiene líneas rojas, pero reconozco que de trazo fino para los que ella señala como adversarios. *Se necesita hacer méritos a lo grande para entrar en su reino, y... si no eres pobre, frágil o indis-criminadamente vulnerable, solo el apego, susurradamente ganado, te garantiza el sillón de orejeras.*

La mayoría pensamos que es irrepetible, pero no todas ni todos piensan lo mismo del personaje. Tiene algunas detractoras en la sombra, con lupas desenfocadas. Pero es sencillo: se trata de entender a una matriarca emocional, política, y feminista, que, para amansar la caricatura de sus demonios, que son los demonios de las mujeres cuidadoras y supervivientes, *se disfraza de inmensidad.*

Ella es M^a José Moruno, de Fuente Ovejuna. Solo podía ser de allí. Ningún otro lugar la define con tanta precisión, el municipio de la provincia de Córdoba, afamado por los sucesos históricos del siglo XV que inspiraron la obra teatral a la que dio nombre, escrita por Lope de Vega en 1619, donde se relata la indignación y sublevación del pueblo, ante el abuso del Comendador, representante del poder real y nobiliario local, que pretendía ejercer su "derecho de pernada" amén de otros abusos contra la población, como usarlos como tropa en

sus ambiciones particulares. Resultado, el pueblo, al unísono, se subleva y ejecuta al Comendador.

Pues eso, ella es producto de esa historia, de ese pueblo, de esa rebeldía traducida siempre en acción, con la mirada de profe en activo sin recreo, combinando rotulador rojo y morado, *rectificando en privado y reforzando positivamente en público*, como las maestras de la república.

Hoy vive y habita en la ciudad del estoico romano Séneca, del musulmán Averroes, y del judío Maimónides. Ejerce de matriarca sin matices en una tribu física, económica, amorosa y humanamente tangible. Practica el arte de lo colectivo con los suyos, en tres niveles de generación. Su discurso es privado y es público, ejerce la coherencia sin pedir disculpas, práctica lo diverso y lo antagónico, mezcla modelos de familia, como si eso fuera fácil, se arriesga sin ruido y *normaliza lo que la sociedad censura*.

Su estética es de una sobriedad extrema, a pesar de que no está exenta de un cierto, y más que honrado “acaudalamiento”. *No lleva hábito, pero lo pareciera*, eso le da un halo de divinidad terrenal, que ella procura sea contemplado en sus justos términos, y a veces pienso que hasta ostensiblemente, por no titular provocativamente.

Por ir mar adentro, podríamos decir que es una positivista desafiante, cosa que contrarresta con esa imagen edulcorada de mujer de las desamparadas. Su paso como docente, con mayúsculas, por la enseñanza pública no solo marca a su alumnado, su vida sentimental, y moldea un personaje hecho para enseñar. Cualquier propuesta, estratégica o programática, la convierte en parte del temario, se comunica con la instrucción, que luego democratiza, *sabiendo que la educación es la mejor arma*

educación es la mejor arma para liberar, para hacer mejores personas.

No había terminado la década de los sesenta, cuando Julio Anguita entró a colaborar con la Plataforma de Enseñantes (de carácter libertario, que se reunía con cristianos de base, clandestina y muy ligada a la Comuna Revolucionaria de Acción Social) y allí estaba M^a José Moruno, cuna de esa melé que sosegadamente tejieron. Esta mujer, además de todo lo demás, *tiene la sangre roja, de la mejor cosecha cordobesa*, de esa raza que se fraguó sin entreverar, ni en el gobierno ni en la oposición. Fue concejala del Ayuntamiento de Córdoba en diversas Legislaturas, así como Concejala Portavoz de IU, durante el gobierno municipal del Partido Popular, entre los años 1995 y 1999.

Es brava, y osó presentar su candidatura dentro de su organización en 2007, encabezando el sector crítico y apoyada activamente por Julio Anguita, en cuya lista se integró, despegándose de ella solo para que corriera el aire de la sierra cordobesa. Julio sabía que ella era una versión morada, apremiante para el tiempo que se avecinaba de más patriarcado, y lo hizo dolorosamente, frente al gran y entrañable Francisco Martínez “Curro”, también ex concejal de la formación, por quienes todos sentíamos una gran debilidad. Luego, *no fue sencillo el zurrido*, ella era rotunda. Cuando le preguntaban por la unidad, respondía que le sonaba a pensamiento único...

Estuvo 10 años vinculada a cargos públicos. Amén de coordinar la Formación y el Debate en la poderosa Izquierda Unida cordobesa, repetía la respuesta del por qué IU entonces, en la provincia de Córdoba, era un gigante, y no podía tener los pies de barro. Decía que los pies eran el aparato que funciona con afiliados

formados e informados, y actuando sin más tentaciones... Hacia un símil con la Biblia, cuando en ella se habla del camino hacia la Tierra Prometida, y remarcaba que *lo importante no es la tierra, sino la transformación que hacemos en el camino.*

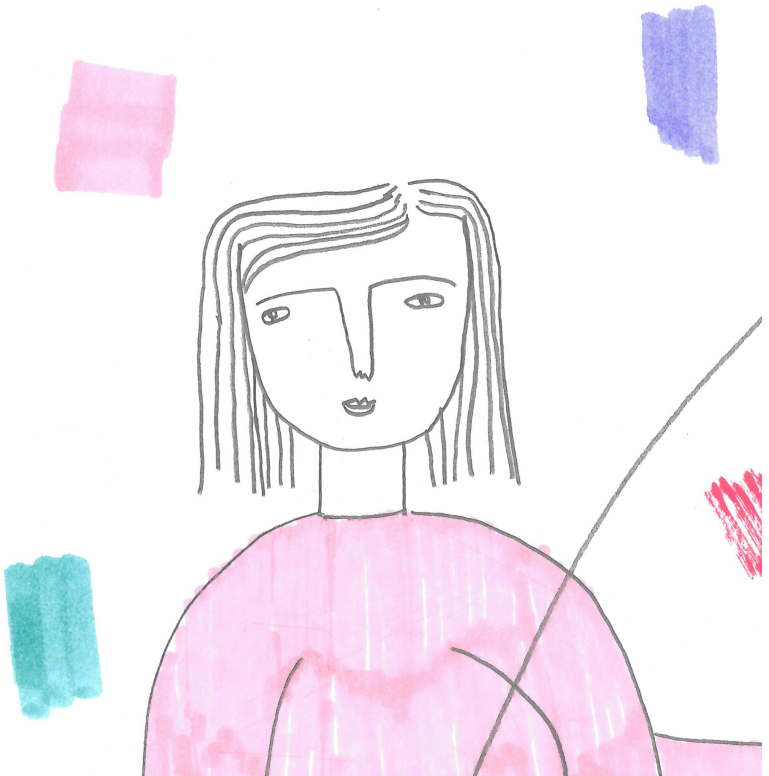
El tiempo de mujer en Córdoba no se entiende sin mujeres como ella. Desde el poder municipal, desde la base militante, desde el movimiento feminista, desde sus apuestas arriesgadas pero teñidas siempre del morado innegociable, se acercaba y se distanciaba, de los procesos, acompañados siempre por el sonido de la diversidad, con el tono de quien sabe que las antorchas se relevan y que los pasos a menudo hay que darlos al lado, pero nunca atrás. Casi obsesa con el reto de transferir y socializar el conocimiento, *sabía no adoctrinar y sí motivar el aprendizaje en las generaciones, que hoy son hijas del matrimonio más salvaje conocido entre el capitalismo y el patriarcado.*

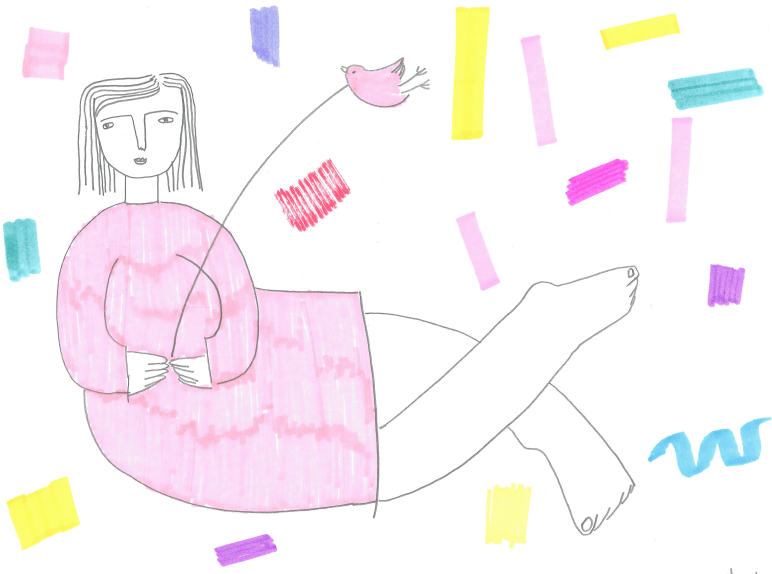
M^a José forma parte de la Memoria Histórica, de la Democracia, de Regeneración inacabada e incumplida, de los Presupuestos Participativos con Perspectiva de Género, de los Diálogos Feministas de Córdoba, ella es parte del alma del Fórum de Política Feminista de Andalucía. Vive a lomos de esa yegua que la lleva de Córdoba a Málaga, *cuando el mar la reclama para ajustar las piezas de este puzle tan abultado como sus utopías,* pero que tienen la virtualidad de mantenerla —a deshora— acercándose a la razón, *al sentido común de que podemos ser más personas lejos del desamor,* desde la mano tendida más que desde el puñal levantado, desde la solidaridad más que desde la exclusión, desde la paz más que desde la violencia. Hay una excepción en su vida, y en la de muchas de nosotras, implacable, con todos los que oprimen, con los que violan y asesinan.

M^a José forma es célula madre de una generación de compromiso, de lucha, de honestidad ideológica y económica, de una generación de ideales, de noches en blanco, de miedos y de riesgos, de compartir, de repartir, de saber que no eres imprescindible, pero si necesaria, porque la suma en colectivo produce coherencia, aminora la soledad del individualismo, y te recarga en cada reto para saber que , persiguiendo los sueños, la perseverancia en la ética, y el no dejar a nadie en el camino, son salvoconductos para otro mundo posible. Ella, y muchísimas otras mujeres, representan los mejor de ser humano. No son el pasado, son el presente y la garantía de futuro. Cuidado con tirar por la borda lo que dice el sistema que está defectuoso, cuidado con la tiranía de lo que mandan los cánones del poder, es parte de sus estrofas.

Decía Simone de Beauvoir: “El día que una mujer pueda no amar con su debilidad sino con su fuerza, no escapar de sí misma sino encontrarse, no humillarse sino afirmarse, ese día el amor será para ella, como para el hombre, fuente de vida y no un peligro mortal”. Por eso María José saltó para vivir como pensaba... y no pensar como vivía.

MARGARITA LAVIANA





Margherita Laviana

Margarita y el salto a la tapia

*El de la locura y el de la cordura son dos países limítrofes,
de fronteras tan imperceptibles, que nunca puedes saber con seguridad
si te encuentras en el territorio de la una o en el territorio de la otra.*

Arturo Graf

Van Gogh, Allan Poe, Beethoven, Newton, Virginia Wolf, Hemingway, Nietzsche, Kafka, Tolstoi, Rousseau, y otros y otras ilustrísimas sin las cuales el mundo no hubiera podido subir, bajar, girar o caminar. Sin ellos —y ellas— todo sería gris y abrupto, los silencios ruidosos, los libros tendrían sus páginas en blanco, y los árboles sus hojas muertas.

Todos tuvieron severos episodios de conductas y comportamientos, denominados asociales, diagnósticos de esquizofrenia, de bipolaridad, de *delirium tremens*, neurosis, paranoia, o locura declarada. Si los hubieran encerrado en un manicomio, hoy el mundo sería un desierto... sin arenas.

Margarita Laviana, icono de una de las más brillantes generaciones del siglo XX, rehusó la fama, pero la gloria profesional se apoderó de ella. Aquellas cosechas y las venideras, deben saber que Marga fue una de las artífices, junto con algunos valerosos y aguerridos personajes (como Manuel González de Chaves, Paco Yanes, Felipe Vallejo entre otros muchos, jóvenes profesionales, médicos, trabajadores sociales, auxiliares de clínica, monitores ocupacionales...) de uno de los pasajes más revolucionarios de la historia de la Salud Mental de este país, y muy especialmente de Andalucía.

Desafiando las leyes de la inercia, las administrativas, las del miedo a perder, las del confort profesional, se

enfrentó a lo más añejo de las instituciones, quebró el principio de “uniforme mental”, desmontó los “manicomios carcelarios”, nos emplazó a sirias y troyanas a derribar muros, y al grito de “¡Saltar la tapia!”, llevó/llevaron a cabo la mayor reforma psiquiátrica de nuestros tiempos, desde la psicología clínica. Y lo hicieron aquí, en Sevilla, en la tierra en la que se espera que el sol brille cada mañana. Y ella lo consiguió, lo consiguieron: sacaron a los enfermos mentales de la oscuridad.

Puso el dedo en la llaga, el foco en el conflicto, en la aberración y en el drama. Buscó en el gremio y en la sociedad las alianzas y, como una autentica amazona, galopó, hasta enterrar los barrotes de acero, las correas, y demás utensilios privativos de libertad utilizados en lo que hasta entonces veníamos en llamar “Casa de locos”.

Aunque Marga pertenecía a una cultura eminentemente dinámica, era miembro de la corriente “Psiquiatría democrática” y bebía de las fuentes de Basaglia, iniciador de los movimientos de desinstitucionalización en Italia, quién fue encarcelado durante la guerra, por los fascistas de Mussolini, y terminó siendo director de un hospital psiquiátrico. Basaglia entraba por segunda vez en una institución cerrada que se llamaba manicomio, y dijo aquello de: “Estas dos instituciones son diferentes, pero en realidad tienen la misma finalidad. La cárcel protege a la sociedad del delincuente, el manicomio protege a la sociedad de la persona que también se desvía de la norma”. Explicaba que: “El enfermo mental es, pues, la persona que se encuentra internada en estas instituciones que sirven no al cuidado, sino a la custodia del paciente. Se las encierra en un lugar en el que ciertamente sus trastornos no van a ser sanados, y en el que se le hace un nuevo tipo de terapia que consiste en recuperarlos, no ya mediante una

terapia que consiste en recuperarlos, no ya mediante una ideología de cura, sino mediante una ideología de castigo”.

También se abasteció de Foucault, quien se planteó iluminar la psiquiatría moderna, al ver en el tratamiento moral, y en el nacimiento del llamado “asilo de los locos” la normalización de los sujetos, quienes a juicio de los médicos quedaban “curados” cuando se estabilizaban en un tipo social moralmente aceptable. Para Foucault la misión liberadora de la psiquiatría constituía uno de los mitos fundantes, ya que la coerción física se había sustituido por la sumisión a las rutinas, y al orden, religiosamente seguido gracias a métodos inspirados en el miedo y la intimidación, donde la locura era constantemente juzgada.

En torno a estas tesis crecieron las personas que, con Marga, consiguieron que los denominados “enfermos mentales”, fueran libres, y no estuvieran encerrados y sometidos para ser curados. Recordar aquello para no repetir errores, tiene en el cine escalofriantes ejemplos, que ayudan a entender más y mejor la historia de esta profesión. Sin ir más lejos: “Alguien voló sobre el nido de cuco” (1975), dirigida por Milos Forman, y basada en la novela homónima de Ken Kesey.

A pesar de ir contracorriente, y con el viento azotando en contra, Margarita fue elegida Decana del Colegio Oficial de Psicología de Andalucía Occidental, acérrimo defensor de la Salud Pública. Miembro de la Comisión Nacional de la Especialidad de Psicología Clínica. En el 1983 el Parlamento Andaluz aprueba la creación del Instituto Andaluz de Salud Mental, en el que Marga trabajó intensamente en paralelo a la creación de Servicios Comunitarios integrados en el Sistema Sanitario

Servicios Comunitarios integrados en el Sistema Sanitario Público. Dirigió las Unidades de Rehabilitación Comunitarias en Sevilla, y posteriormente volvió al Hospital Psiquiátrico de Miraflores como Directora, llevando adelante el plan final de su cierre, que se hace efectivo en el año 2000.

Con un gran equipo, trabajó mucho y bien en la puesta en marcha de Empresas Sociales, que hicieron posible que personas con enfermedad mental tuvieran empleo y residencias alternativas. Algo de lo que Marga se siente orgullosa, y Sevilla especialmente, es, del diseño e implementación —junto Carole Rodríguez y otros muchos— del Programa de tratamiento intensivo comunitario, para trabajar con personas sin hogar y excluidos en general.

En la actualidad preside la Fundación Hispalense de Tutelas, abrochando su vastísimo y cualificado currículo.

Su complementaria dimensión era su procedencia del maoísmo. Mujer de convicciones profundas, principios inquebrantables, solvencia y rigor acreditado, fuerza en el cerebro y en el corazón, pasión por su oficio y su gente, independiente de las sirenas, y muchísima comprensión, de esa que hoy llamamos empática. Pero, sobre todo, Marga tiene su mejor reconocimiento en la capacidad de conseguir que todos se sintieran valiosos. Huyendo toda su vida de la jerarquización, su apuesta por la igualdad en el trabajo se materializó, sin reservas, bajo el epígrafe de una indiscutible grandeza personal.

Antifascista, y feminista. En la Universidad, en la calle y en las ágoras donde confluíamos las y los luchadores por la libertad, trabando nuestras alianzas con

el mismo objetivo, encontré a la grandísima Marga. Comprometida con la causa en los tiempos donde el formato no era de cartón piedra, estuvo en listas a diferentes comicios electorales con el Partido del Trabajo y JDM junto a Eladio García Castro, Paco Casero, Tomas Iglesias, y como independiente a las listas del Senado, así como a las municipales con Izquierda Unida, con Adolfo Cuellar, Fernando Villamil, Rosa Bendala y tantos irrepetibles.

Escribió este verano: “Tengo un cactus que mide más de 4 metros cuajado de flores. Increíble que de una planta con tantos *pinchos* surjan flores tan bonitas. Mis mejores deseos para las personas que tengan algunos pinchos en su vida, y mis deseos de flores renacidas”.

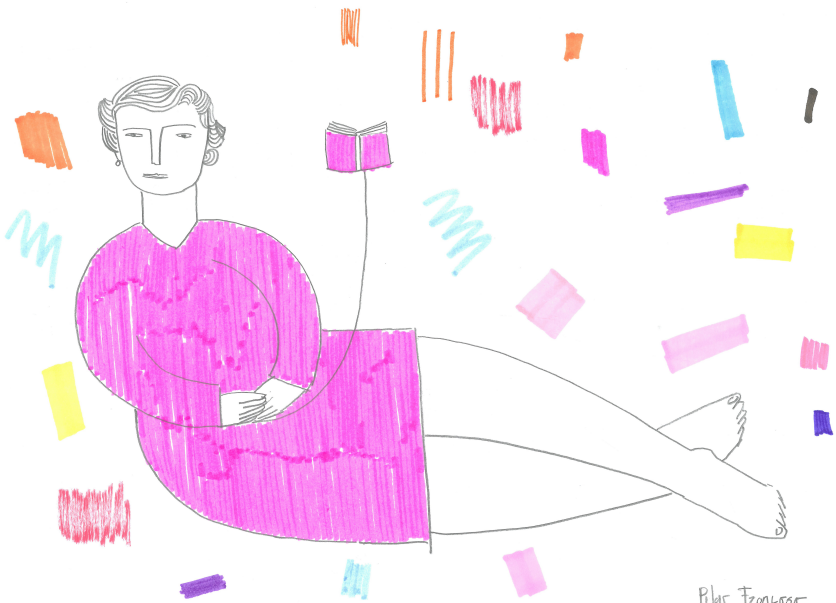
Hace poco, finalizado su tiempo laboral reglado dejó este testimonio:

Ayer fue mi último día de trabajo: jubilación, paso a una vida más llena de lo personal, tiempo para una misma... Sin embargo, me he levantado después de una noche en la que he tenido una serie de sueños cargados de cosas que he dejado sin acabar, la mesa llena aún de papeles, documentos a medias que tengo que hacer el esfuerzo por finalizar, y una extraña sensación de vacío sereno, cargado de miradas de personas que me llevo en el corazón para siempre. Muchos compañeros y compañeras, pero de forma especial muchos usuarios a los que he acompañado y me han acompañado algunos durante más de 30 años... Deseo seguir compartiendo con todos la lucha por la dignidad de nuestros servicios, por el derecho de nuestros usuarios y usuarias a tener una vida, “su vida”, y a ser algo más, mucho más, que una historia clínica. Gracias

Esta fue, y sigue siendo, otra grandísima mujer, imprescindible de una época.

PILAR TRONCOSO





Pilar Ferrusor

ilar: la mujer que sabía demasiado

No haría falta una segunda descripción si digo que es una abogada tozuda como una mula. Jamás va a un juicio a ganar o perder, porque ella siempre gana. Las personas, las mujeres a las que defiende, jamás se quedan en la cuneta. Es contundente, incisiva, irrefutable, su tono no está masculinizando, pero a ellos se lo parece, y la escuchan más atentamente, es más... y es un hecho que inspira un férreo respeto en los contrincantes.

Pocas cosas no sabe Pilar Troncoso del derecho, y de la mayoría de los rincones de la vida, es tan culta, y tan discípula de Tomás de Aquino, que aquello que lee, luego quiere verificarlo, y recorre mundo, y atraviesa fronteras, como quien organiza un domingo en el Parque del Alamillo. Nada queda fuera de su conocimiento la última novela de..., el castillo de..., la tribu de..., los vinos de..., los episodios de..., los conflictos de... no hay secretos para Pilar, el problema es que también sabe demasiado: de las estirpes sevillanas —y andaluzas— de todo tipo, y de las clases más variadas: políticos, famosos y demás gentes del Everest sevillano a lo que se añaden gente de lo más normal. Y su despacho, ya esté en la sombra, en la penumbra o con focos, tiene ese prestigio que da el defenderte sin robarte y el garantizarte que si tu causa es justa, has ido a uno de los destinos adecuados. Tal vez por eso se le confiesan desde los anónimos a las más grandes figuras. Para todos es una tumba, como suelen ser las buenas abogadas, jamás filtra un ápice de los secretos de alcoba o de cualquier otro menester, de ahí

que sus escuchas formen parte de la Meca de quienes sustituyen los confesionarios, el diván del psiquiatra, la peluquería o la barbería, por un bufete cabal.

Pilar procede de una familia ilustre y acomodada a la que convenga achacar su estética clásica, aunque Pilar es sobre todo exquisita, y la sobriedad con la que transporta su impecable ropaje, parece tratar de despistar al mundo para que no vea que todo lo que lleva, por dentro y por fuera, es de una calidad difícilmente igualable. Dice una gran mujer cercana a ella, que es tan dura como tierna, tan formal como divertida, disfrutona de lo que hace, extrayéndole a diario sorbos a la vida. Puntillosa y precisa hasta la extenuación, ha hecho de su libertad la bandera por la que respira, y de la defensa de la ley una permanente liturgia de liberación.

Con ella no hay problema, no existe el engaño ni la traición, es directa transparente, e incisiva, si te equivocas por desidia o por mala fe, ella sacará el verbo afilado, y te corregirá sin compasión, no habrá segundas partes. Es una genuina representante profesional y personal de la defensa radical de los derechos de las mujeres, sin matices ni ambigüedades. Tiene mano de hierro con los maltratadores, y otras especies pululantes.

Pilar tiene más que conocidos en todos los partidos, organizaciones y demás instituciones, ella en sí misma es toda una institución. Su historia está marcada por una juventud de simpatía con lo mejor del maoísmo universitario, un entorno jurídico en femenino muy potente, y por un no haberse resistido nunca a adaptarse a un mundo en permanente cambio. Sabe que ya no se trata de vanguardias sino de transversalidades, y por eso ha huido siempre de los focos como del mal de amores.

Pilar tiene títulos nobiliarios de Género, Jurídicos, y otros muchos, pero los mantiene empolvados donde se requiere y ni se le ocurre airearlos en su perfil. Demasiado señora para andar en los papeles.

Pilar es una dama dura y enjuta, provista siempre de una armadura que compró en el mismísimo Toledo, ya algo agujereada, y oxidada, pero que ella siempre enseña, para justificar a veces su temple, su serenidad, y su ausencia de lagrimeo. Demasiadas tragedias en sus clientelas, la han hecho optar por la atalaya de los sentimientos. Lo que no le ha apartado un ápice de estar en primera línea de fuego en la lucha por las mujeres desde la Fundación María Fulmen, desde Mujeres Juristas Themis, desde su bufete, y desde otros espacios donde ella nunca es cola de ratón.

Pilar es parte de la sombra alargada de su padre, un referente que preside su hoja de ruta en términos de poderío, frente al papel de la mujer de la generación de su madre, donde las esposas eran tan sumisas y dóciles como mandataba la ley, la cultura, y el propio marido. Trazó el guión de su vida meditadamente sin improvisaciones, y entre las muchas enérgicas decisiones que tomó esta amazona inquebrantable fue la de no tener hijos, y eso que adora a los niños, y los niños a ella. Curiosamente, Pilar es más que experta en conductas de infancia y adolescencia y —me atrevería a decir— que es la madre que muchas hijas desearían tener.

Es todo menos políticamente correcta, tanto dentro como fuera del feminismo. Su corazón responde sin reserva, pero su cerebro amontona contradicciones de diferentes colores, por su opción de pertenencia a la izquierda coherente, algo que no la incómoda, y que maneja como su propia toga. Hay algo irrepetible en ella,

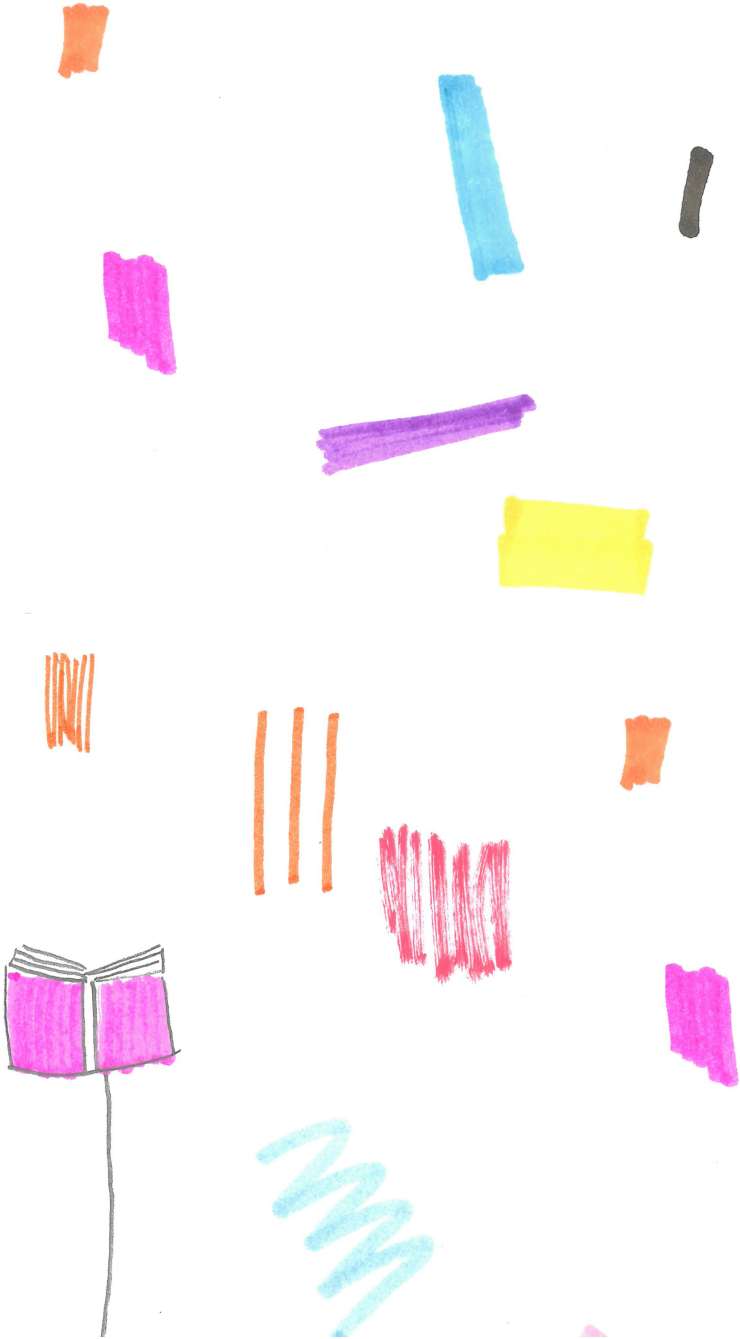
no mira a las mujeres, las disecciona. Suele decir: “que nadie se engañe, las mujeres se comportan ante los hombres igual en Oriente que en Occidente, solo que en un caso se tapan, y en el otro se destapan...”

Esta ciudad, los juzgados de Sevilla, las mujeres que necesitaron divorciarse o ser defendidas de miles de secuencias estremecedoras, cuentan siempre con una grandísima profesional, especialmente valiente, que no conoció el miedo a enfrentarse a poderosos contrincantes y no menos atávicos argumentos.

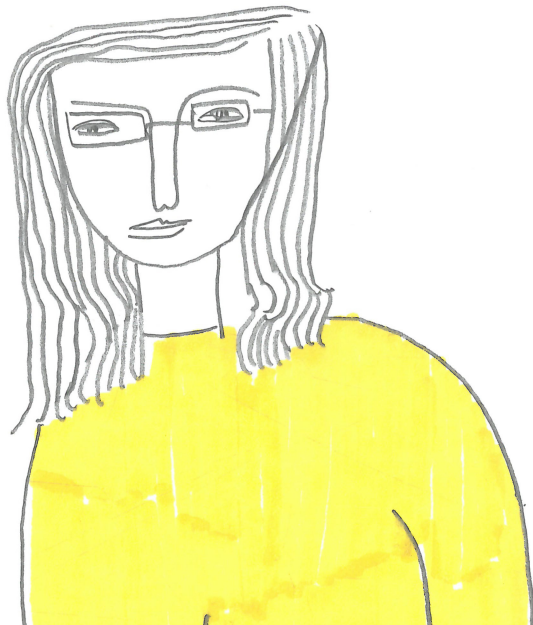
La gran Pilar Troncoso nunca se encoje, ni se achica. Sus zancadas son largas, firmes, y si está ella detrás, es más seguro seguir el empedrado camino de la igualdad, y de la justicia.

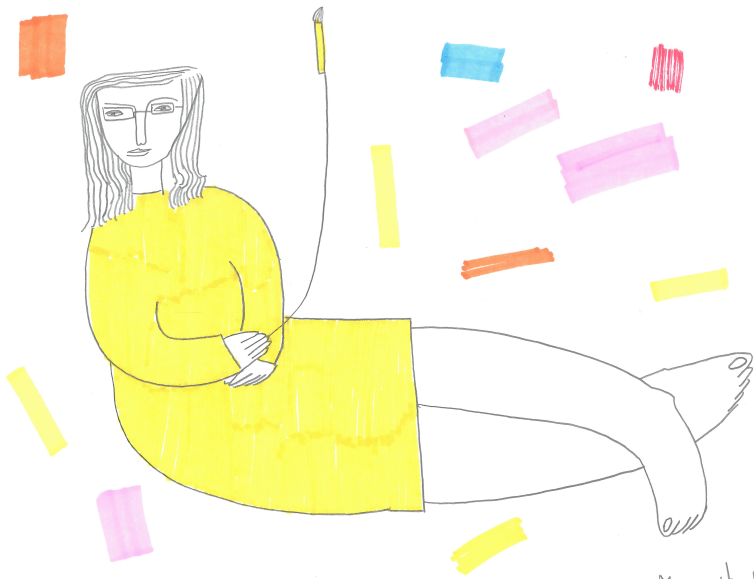
Pilar nos ha hecho más rigurosas, menos plañideras, sin ella seguramente nos hubiéramos equivocado algo más, ella es parte inevitable de nuestras vidas, de las vidas truncadas, y de las supervivientes. Su sabor es amargo por fuera, y tremendamente dulce por dentro, es una variable de la mejor hogaza del centeno de masa madre, elaborada artesanalmente para deleite, de quienes hacemos el itinerario feminista con ella. Es de esas mujeres que esperas te dure para siempre, porque es una hermana mayor, una madre, una igual, una íntima. Gracias Pilar, por ser imprescindible para todas.

Su obsesiva defensa de la justicia social, que ha liberado a tantas mujeres de esta ciudad, me ha recordado aquella frase de Galeano: “La justicia es como la serpiente, solo muerde a los descalzos y a las descalzas”.



MARGARITA AIZPURU





Margartta hizpuru

Libre que te quiero libre

No es posible cuestionar una obviedad, porque deja de ser obvia. Y lo es, en el caso de afirmar que Margarita Aizpuru es irrepetible, sin merma del valor incalculable de su madre Juana Aizpuru (quién no necesita reseña, por ser reconocida, potente, valiosa e infinitamente empoderada) Pero hoy, la estrella es Margarita.

Ella es fascinantemente atemporal, se cree más que joven y nadie osa cuestionar que lo es. Intelectual y estéticamente, no ha necesitado retocarse, que dirían algunos y algunas, para estar intacta por dentro y por fuera.

Nació en la villa de la corte, pero su vida ha transcurrido por el asfalto de la ruidosa Sevilla, donde esa algarabiosa llamada de atención que hace permanente esta ciudad, la incluye a ella: Una Margarita que no ha elegido pasar desapercibida.

Vivió en Francia tres años. Antes, mucho antes que Sarkozy, Hollande, Le Pen, o su Mélenchon. Mujer insaciable de conocimiento y cultura, le pareció poca cosa licenciarse en Derecho, y también lo hizo en Geografía e Historia y, por supuesto, se especializó en el mismo arte al que pertenecía el ADN de los fogones de su casa familiar.

Su mayoría de edad está vinculada al activismo radical (no del tronco, sino de la mismísima raíz del

radical (no del tronco, sino de la mismísima raíz del movimiento estudiantil) que era parte de las corrientes autogestionarias de esa Sevilla, que respondían desde todos los vértices a la dictadura. Ella se situaba en el ángulo más utópico, y atrevido, de la revolución por hacer y militaba en la luxemburguista Acción Comunista, amén de en la CNT. Pero su cuerpo teórico, su praxis, y su pluma, siempre se entroncaban descaradamente, con un feminismo militante más allá de lo orgánico. Fue también, y sobre todo, cofundadora de *Prímula*, *APDM*, y *Grupo 7*. Incluso formó parte del Consejo Editorial de “*Mujeres del Sur*” dirigido por Nany Carvajal, la revista de Género más importante de su tiempo.

Margarita fue abogada feminista, integrante del Bufete Athenea: el primer despacho de mujeres abogadas de Sevilla. Pasados los años de la defensa a ultranza, sustituyó la abogacía por el Comisariado de Exposiciones de Arte Contemporáneo, la crítica de arte, la investigación y la docencia, donde grabó su sello feminista a sangre y fuego. En el crepúsculo de los 80, fue codirectora del Festival de Cine Feminista de Sevilla. En 2009 recibió la Mención Especial de Mujer sevillana del año.

En la actualidad es directora de los “Encuentros Internacionales de Arte y Género” de Andalucía, centrándose fundamentalmente en Sevilla. Un proyecto que lleva desarrollando en solitario desde hace 12 años, y que tienen también como objetivo dar a conocer las obras de arte desarrolladas, por las mujeres desde parámetros feministas y ópticas de género.

Forma parte del Consejo Asesor de la asociación estatal de mujeres en el ámbito de las artes visuales MAV (*Mujeres en las Artes Visuales*), desde donde ha emprendido una actividad política feminista por un

emprendido una actividad política feminista por un cambio cuantitativo y cualitativo dentro de la canallesca situación de las mujeres en ese sector en el que al igual que en casi todos, pero en este con más razón aún, si cabe —no solo no dejan que florezca la creatividad de las mujeres, sino que la sepultan—, Margarita, y sus colegas, trabajan para impedir que se multipliquen las losas que nos invisibilizan, creando nichos de arte con esa mirada de género que las hace convertirse a ellas —y a ella—, en muestras universales de lo mejor.

Hay varias generaciones de esta ciudad que valoran, y mucho, su apuesta. Otras la desconocen y están obligadas, especialmente las administraciones, a vociferarlas. Hubo un episodio este último 8 de marzo, día de la mujer trabajadora, que se desarrolló en los términos siguientes: veníamos Rosalía, Margarita y yo misma, de la gran Concentración en la Plaza de las Setas de Sevilla para desembocar, en la Manifestación de las mareas ingentes de adolescentes que nos hicieron sentirnos más que adultas, y que , para ser rigurosas, cabría decir que aunque había una proporción estimable de generaciones con el medio siglo cumplido, éramos minoría, y lo que se desbordaron fueron las hijas y las nietas. Pero a lo que iba, se nos acercó de pronto un alto dirigente político, de los escasos que había, grandísima persona a la sazón, y después de besarme cariñosamente, se abrazó mucho más efusivamente, a Margarita ¡claro! a quien no veía desde hace tiempo, y dijo sigilosamente: *Mi musa, nuestra musa, desde la Universidad...*

Comprobé, entonces, que no solo me lo parecía a mí, sino que era compartido, y eso que en este presente, en este tiempo que se nos van algunos, en esta ocasión, ella está especialmente tocada por ese sentimiento de pérdida, que te congela las venas, y tienes que volver a

inyectar sangre para seguir. Hace demasiado poco murió su pareja, Manuel Ramón Alarcón —uno de esos imprescindibles masculinos— con quien ella compartió los momentos de la vida en los que ya has aprendido a desatender lo accesorio y solo saboreas ese elixir, que deberíamos aportarnos los unos a los otros, en todas las épocas y relaciones, independientemente de la edad y otras cuestiones subalternas.

Margarita, mujer de mirada tan hipercrítica sobre la realidad, como intensamente violeta. Margarita, quien a pesar de su vehemencia —fruto de su pasión por la vida en toda la gama del arco iris— primero sentencia y luego escucha, es capaz de oír aunque no lo parezca ni de lejos, y oye tanto, que detrás de esa altiva talibana de la verdad, confrontada desde la cuna con Agamenón y su porquero, es capaz de comprometerse con lo que no está de moda, y con lo que es políticamente incorrecto, de posicionarse con los malditos y ofrecer lo mejor de ella misma, de la creación, del arte y demás sinónimos de lo que dispone, sin mirar los tonos de ninguna orquesta.

A nadie se le escapa que es una de las críticas de arte con perspectiva de género más respetadas y solvente de este país, no solo de Andalucía, y ni siquiera allende los mares. Ha tenido la virtualidad de atravesar las fronteras sin más pasaporte, que el de su obra. Resulta curioso comprobar cómo en estos tiempos de filtros y escáneres, no coge atajos, no es nada política, cruza líneas rojas, se salta el usted y la reverencia, va a contramano, como si tuviera algún carnet para ello.

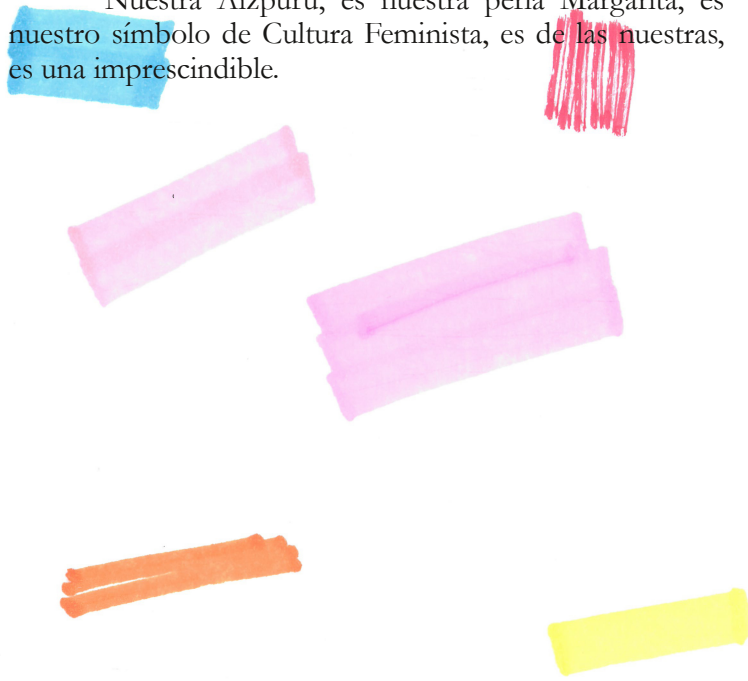
Margarita es como las liebres, va por la vida sin papeles, solo tiene los de la siembra y recogida de los frutos cuando han madurado, y que hoy configuran un curriculum profesional y personal que solo es posible

igualar, con sus aristas incluidas, pero no mejorarlo.

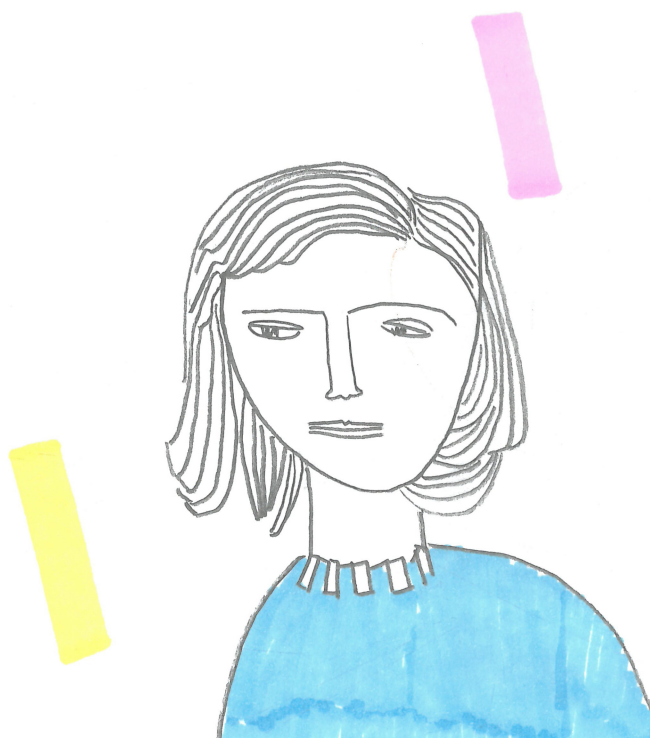
Es emocional y políticamente, el símbolo del compromiso con todas las causas justas, aunque no estén en ningún guión, en ningún programa, en ninguna escaleta. Es libre que te quiero libre, es ella y es del grupo, Margarita siempre está, cabalgando desenfrenadamente entre en el centro, el sur y atraviesa sin mochila las fronteras de cualquier océano, pero su identidad tiene nombre de arte y de mujer.

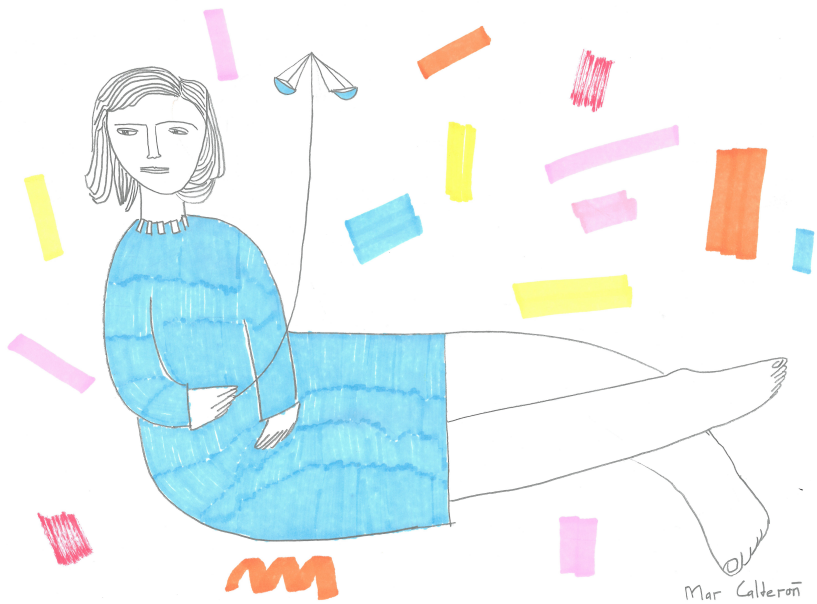
Aunque de origen griego *Μαργαρίτης Margarites*, que significa *perla*, también le asignan origen escocés, por Santa Margarita, Reina de Escocia, quién a pesar de su cuna, fomentó de forma ampulosa la cultura.

Nuestra Aizpuru, es nuestra perla Margarita, es nuestro símbolo de Cultura Feminista, es de las nuestras, es una imprescindible.



MAR CALDERÓN





Mar Calderón

Mar por derecho

Mar no sabe mentir —ni debe— y estoy segura de que no lo ha hecho jamás. Es curioso encontrar un personaje así y, además, mujer, miembro de una sociedad que te obliga, para blindarte en femenino, a entreverar las verdades. Pero esa es ella, así de osada. Tanto como para jugársela siempre en público y en privado, en el cara a cara con Soledad Becerril, o con Rojas Marcos —cuando gobernaban en el ayuntamiento—, en la diputación, en un juicio con el Juez, en la Tele con Paco Robles, en la Fundación Blas Infante, en el viejo PA, o donde le ha correspondido.

Ella siempre va por derecho, con su derecho y el Derecho. Solo podía ser como es: abogada. La profesión la eligió a ella, pero me aventuro a afirmar que hubiera sido igualmente puntera entre fogones, siendo como es la mujer por excelencia en la Academia Andaluza de Gastronomía y el Vino, y doy fe por catar lo que hace, y como lo hace. Amén del tratamiento de ciencia que le da a la materia, rociado de esa rabiosa creatividad e intuición que tiene de lo culinario, podría llegar a ser una requetegrandísima máster chef, pero sin la capa rosa del neo-espectáculo.

Mar tiene tres micros universos: su familia junto a un ramillete de amigos, su despacho, y Andalucía. Otra cosa es Sevilla y Mar. Eso es un caso aparte, una atracción paronímica, como las cerezas que se enredan y tiran una de otra, como si de una lección de analogía semántica

semántica social nos quisieran dar el personaje y su ciudad.

Ambiciosa, austera, sobria, amante de las tradiciones, excesivamente generosa, solo temerosa de la noche y la soledad, dice no ser de izquierdas ni de derechas y busca, desaforadamente, el punto G de la política en un equilibrismo por el centro inexistente.

Mar se refugia en donde, ella dice, se visten los valores, especialmente el de la justicia y la ecuanimidad. Nunca confunde el miedo con la prudencia, y es capaz de sentar en el banquillo, a diestro y siniestro, sin más lupa que la del delito. Trata al poder como si del no poder se tratara, los vapulea como iguales y nunca se doblega ni por plata, ni por prestigio, y mucho menos por el becerro de oro.

Ya en el 91, era la asesora jurídica de la Asociación Independiente de Mujeres Separadas de Andalucía. Poco después fue reclamada y aceptó —a pesar de su férrea resistencia— ser nombrada Directora del Área de Economía y Turismo, con Alejandro Rojas Marcos como Alcalde de Sevilla. Su brillante trabajo obligó a Soledad Becerril a suplicarle —como lo hace Soledad— a que fuera su concejala del tema estrella de Economía y Turismo, todo esto la llevo a la portavocía de la Diputación.

Para Sevilla, y para ambos gobiernos, era lo anterior y lo siguiente a imprescindible. Tenía un sentido tan preciso de la ciudad, una mirada equilibrada tan igualadora, tan sofocadora de los desmanes, tan inclusiva de lo diverso, como respetuosa de lo variopinto de los colores. Hubo un problema irresoluble... su sentido, a lo grande, del quehacer, de la gestión, de la medida, y de la razón, que obligo a la unipersonal cúpula - que no la

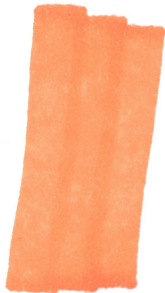
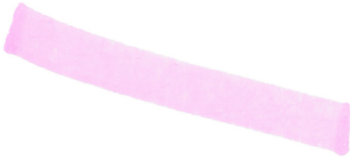
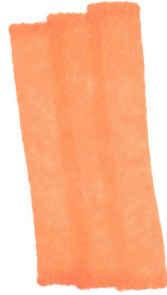
razón, que obligó a la unipersonal cúpula —que no la militancia— a investirla como disidente del PA, situándola en el portal de salida de la política en el 2003.

Mar es mucha Mar, y lo anecdótico pasó como una borrasca de baja intensidad. Su mundo tenía muchos epicentros y aquello solo fue un satélite de la micro política. Ella tiene, además, de forma muy marcada y desarrollada, el sentido del cuidado de los demás. Es como un instinto básico elevado a altas capacidades: allá donde hay una debilidad, aparece Mar con el botiquín de las emociones, de su tiempo, de sus mimos, de su sutil sabiduría, de su propia habitación. Es una seglar simulando a las monjitas de la caridad, en su vertiente bondadosa además de una Wikipedia encuadrada: no hay enfermedad, receta, pueblecito del más allá o conflicto del más acá, que ella no conozca en profundidad. Es un pequeño oráculo que tenemos el privilegio de disponer quienes estamos cerca, y lejos.

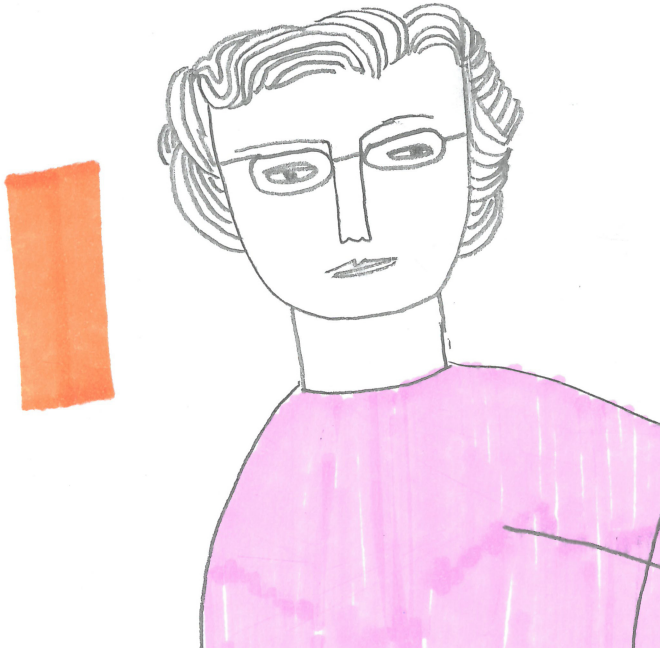
Su despacho, escrupulosamente profesional, solo tiene dos rendijas por donde se cuelan las maltratadas y las personas víctimas de corrupción de la Banca, o de un PGOU, además. Su integridad le hace ganar pleitos por la rotundidad de su apertura en canal del asunto en cuestión, y por la inequívoca defensa, casi siempre irrefutable de sus defensas. Aunque a veces parezca que es la abogada de las causas perdidas, Mar es caballo ganador.

Mujer imprescindible e invisible en muchos casos para una generación, una ciudad, y una sociedad, la de la Sevilla que, a costa de ensimismarse con su arte más comercial, posterga sus personas más ilustres sin el reconocimiento que le debe.

Es uno de los bastiones más brillantes de una época que se acaba y un referente, tan universal como sevillano, para un tiempo que no acaba de nacer y ya está agotado. Hagamos síntesis entre las clásicas y las contemporáneas, y encontraremos en Mar la esencia del mejor perfume para resistir, sobrevivir, y azucar la modernidad.



AURORA ATOCHE





Aurora Ktoche

La mujer que bajó a los entresijos

Aurora no es mayor ni joven, es sencillamente atemporal. Cualquiera que la juzgue por las apariencias, podría pensar que la mujer que se esconde detrás de esa estética, a caballo entre el pueblo y el barrio de clase media, es una perfecta maruja. Perfecta... porque ella, hasta para parecerlo, lo simula impecablemente.

Su militancia en el socialismo andaluz, desde hace cuasi cuatro décadas, le permite exhibir el carnet de “clásica en activo” para asentir y para discrepar. Tiene la autoridad de quien ha sido un peón, al servicio de las ideas y del partido, sin más herencia que el profundo respeto de quien ha trabajado con ella, o para ella.

Siempre he pensado que detrás de ese rostro ovalado, esculpido por un orfebre sevillano, se escondían destellos a lo Elizabeth Taylor, en La gata sobre el tejado de zinc. Esa fiera indomable que lleva en sus entrañas la enmascara con un verbo amoroso, como intentando hacerte bajar la guardia, en un reto casi desmedido de resolverle la vida a los desposeídos y a toda injusticia que olfatee, ya sea en su organización o en el siguiente confin de proximidad. Es como una guardiana a tiempo completo de las democracias, de las libertades, una utópica metida a gestora para enredar.

El personaje de Aurora es poliédrico, como nuestro Labordeta, por eso, aunque dejó de cobrar la nómina por el uso de la tiza, hace ya algunas lunas, su

vocación de maestra sigue siendo tan llamativa, que con la exuberancia de su osado historial —que apunta en rojo chillón— embaucó a los suyos, para que la mandaran adoctrinar con su propio manual, sin más monedas por medio que las que repartió.

Atrevida, rayando en lo intrépido, no ha dicho nunca no a nada, pero a nada. Pero no creamos que se ha sometido a ningún designio, ni de su dirección ni de ninguna divinidad, y olvidaba mencionar que su listón era la rama Chaves, Almunia, los siguientes y anteriores. Es espesa, en el sentido más lírico del término, tozuda como una mula y, para grandeza de quienes la conocemos, es de las pocas políticas que no es coleccionista de excusas. Aurora es como una jornalera de la vida, curranta sin más reloj que el biológico.

Tiene dos potentes virtudes que le restan en la cosa política: te mira a los ojos, y, como si fuera una niña asilvestrada, te dice lo que piensa —ya seas presidenta o presidente— eso sí, sin desestabilizar un ápice su obsesiva lealtad y lo remata con su concepto de los acuerdos, y de los pactos, ella que ha tocado más poder del que debíamos atesorar los mortales. Se ha arremangado hasta la extenuación, con la única crítica seria que le han hecho: su exceso de tolerancia con los supuestos contrincantes.

Y aunque en la gama de la ortodoxia no era de fiar, era tan solvente, tan rematadamente ejemplar, que ha sido: primera teniente de alcalde del Ayuntamiento de Sevilla, directora regional del Plan de barriadas de actuación preferente, directora general de la Fundación Cajasur, delegada de Trabajo y Asuntos Sociales, diputada del Grupo Parlamentario Socialista, directora del Gabinete de la Presidencia del Parlamento de Andalucía, responsable autonómica de la Ejecutiva Regional del

PSOE y miembro del Comité Federal.

Sirve lo mismo *para un roto que un descosido* pero con tan mala suerte, que lo que tocaba lo volvía exitoso y eso se paga, claro. Esa envidia española demoledora, esa envidia *tan flaca y amarilla porque muerde y no come*, que decía Quevedo, la rozó, pero ella —que se creyó amazona— no ha dejado de cabalgar, como las míticas guerreras que se enfrentaron al ejército griego, liderado por aquel capitán valiente.

Aurora tiene ese toque acaramelado, de cristiandad en acción permanente, que adquirió en el colegio de monjas y que le suministró su paso por la JOC y la HOAC, cuando creció, y detectó, que la educación era la herramienta más potente para cambiar el mundo. No se mudó de acera, pero cogió esa antorcha junto con la de un sindicalismo fuerte y un feminismo poco light, y con esas llaves abrió el pórtico de su puesta de largo en política, con letras góticas.

Cuando la conocí, hace algunas décadas, en los menesteres de la cosa del “misionerismo laico” de entonces, me pareció que enredarse con ella era invertir en aprendizaje y yo —que había coqueteado en cultura de las complicidades entre mujeres, como instinto de empoderamiento, con muchas otras estrellas, que rondábamos por lo que creíamos que era el poder, y que teníamos cierta *autoritas*— pensé, de manera inevitable, que montáramos un lobby de género, y con una profunda carga platónica, ya que no tenía más réditos que las casuales supervivencias en las adversidades.

Éramos “una enteraiilla” por partido: Amalia Gómez por el PP, Aurora Atoche por el PSOE, Kechu Aramburu por IU, y, finalmente, Mar Calderón por ese

Andalucismo. Entonces nos sobraba algún gramo, cosa que adquirimos para hacernos respetar por maternales, pero no funcionó. Fue inútil, solo inspirábamos un disimulado temor, teníamos excedentes de pensamiento crítico. Hoy somos más añoradas, que bien utilizadas.

Aurora, que sabía revolotear con los del más allá, picó y asumió el desafío del sur, y cruzó, sin alocarse, desde los clanes de la miseria de las zonas de exclusión, que reparten la pobreza como los payos, hasta los homólogos de Cajasur. Y es en su parada como directora general de la obra social y la fundación de Cajasur, poniendo rigor a la megalomanía ya enjuiciada del todopoderoso cura Castillejo, donde ella desplegó lo mejor del arte de la buena política monetaria, ajustó el ton y el son que había en aquella casa, y empezó a redistribuir la riqueza de aquella hucha, con una ecuanimidad tan incontestable que, sin sobornos pero con férreas y sibilinas indicaciones, Castillejo pretendió hacerla tambalear exclusivamente por dar a Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César. Lo que hizo Aurora fue beneficiar a los demasiados pobres, y dejar de seguir engordando a los demasiado obesos.

La aplicación de la justicia le costó la salida de la entidad. Todo un “golpe de mano” por parte de la jerarquía eclesial, para que el cura colocase a sus hombres en la obra social, fuente demostrada —en ese caso— de financiación de la Iglesia. Las mismas voces destacaron el malestar patente de la comunidad, a la voz de “qué hay de lo mío”, ante la gestión laica de Aurora pese a llegar de la mano —dicen— del mismísimo Cardenal de Sevilla, Don Carlos Amigo.

Su salida supuso un gran elemento distorsionador. Uno más para una Caja que tenía una morosidad

galopante, un deterioro por pérdida de activos creciente, un caos de gestión más que patente y unos depósitos menguantes, siempre según las fuentes cercanas a la entidad. Eso sí, don Miguel pudo descansar en su despacho del Palacio de Las Doblas, graciosamente, cedido —al parecer— por el dadivoso *Sandokán*.

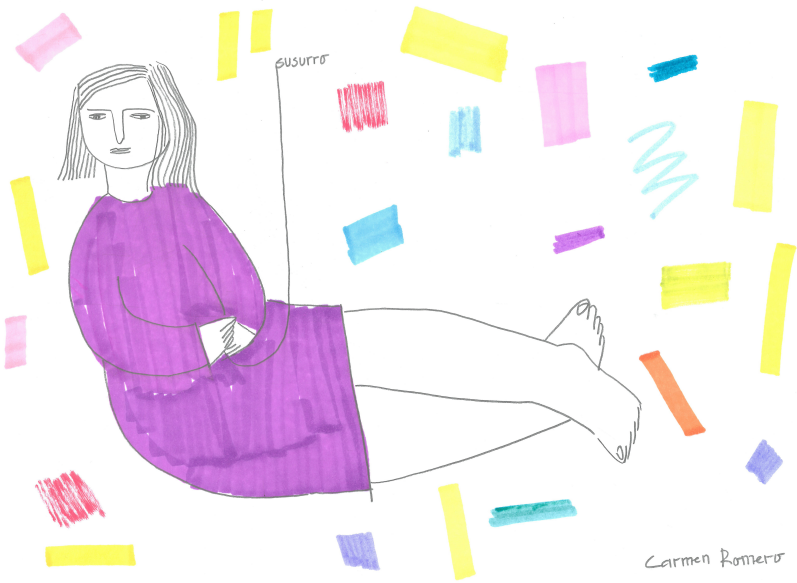
Aurora es una caminante de alpargatas que maneja mal los tacones, que se ha empeñado en atravesar a menudo las fronteras geográficas, viajando a Honduras u otros países, como si creyera firmemente en la cooperación aun a sabiendas que en las alforjas lleva más ilusión que doblones.

Esta es la turbulenta historia de una mujer que bajó a los entresijos de más de un poder y, siendo parroquiana de culto, no ha habido liturgia que la doblegara, siempre enfrentada y confrontada a cualquier mordaza ya fuera terrenal o celestial.



CARMEN ROMERO





Carmen Romero

La mujer que declinó ser primera dama de España

Carmen pasaba inadvertida por su esmerada solvencia en la elección de los planos en los que ella quería debutar. No habría problema en recordarla vestida de medio luto, cosa que no hizo jamás, pero su alto concepto de la sobriedad le daba tonos grises a sus perfiles. No fue Mariana de Pineda, ni mucho menos. No bordó, no cosió y, sobre todo, no fue visibilizada, entre otras excusas, para la historia oficial porque ha sido considerada la esposa de su marido. Además, sus movimientos eran tan austeros, como clandestinas sus muestras de sororidad, y su mundo interior estaba tan acaudalado, que cualquier ventana que abriera era una provocación para cualquier ladrón.

Vivíamos en la misma calle, en los mismos bloques, frente al mismo Estadio de fútbol, e íbamos al mismo colegio de monjas, de monjas de hábitos de la burguesía catalana, cuya educación era tan exquisita, como costosa, inolvidable y tradicional. Ella era bastante mayor que yo, lo que no fue óbice para pasar demasiado tiempo en su casa por razones escolares y de amistad. Era el hogar de una familia extremadamente honrada, sin más características que la de la ociosa normalidad de una época que te obligaba a despertarte tempranamente en la cosa del compromiso.

Llegó a la Universidad cuando le tocó biológicamente, eran los tiempos de la dictadura franquista, y los prólogos parisinos del mayo del 68, de Daniel Cohn-Bendit, Alain

Krivine, Jean-Paul Sartre, Alain Touraine. El círculo que la eligió, y en el que ella se detuvo amorosa y políticamente, estaba compuesto por la mayoría de los dirigentes sevillanos de entonces, algunos de los cuales terminaron siendo alcalde de Sevilla, presidente de Andalucía, y presidente de España.

Carmen no llevaba en el ADN la política, pero adquirió la conciencia por la vía intelectual devorando cultura, lectora y musical, y no mimetizada por parentesco alguno, eso sí, con la gula de quien se refugia en esa y no en otra brigada, y también de quien come y duerme caliente todos los días (legítimamente). Además, ella tenía la madurez de gestionar impecablemente sus cuerdas vocales, para que se le oyera exclusivamente cuando era necesario, y fue lo justo por escaso.

Recuerdo cuando, a principios de la eternidad, Carmen notificó oficiosamente en su casa, sin apenas volumen, que *su compañero* era Felipe (confieso que el novio en cuestión y ella misma, aborrecían dicha catalogación de pareja). Aparentemente ninguna viga se movió, y los cimientos permanecieron intactos, como siempre, pero su padre —don Vicente— un militar ejemplar volcado en su hijo, y en otros como su hijo, tenía un marcador que lo delataba, su bigote; que aquellos días lo convirtió en un ser extremadamente enjuto.

Aquel efecto sacudida fue pasajero y leve, porque la persona para emparejarse era tan increíblemente seductora (en aquellos tiempos), que hubo una rendición emocional generalizada, atrapados por el verbo y toda la gramática concebible. Yo misma, algo infantada y ubicada en un tercer nivel, me convertí en su alumna de Catón y él, que me sabía adolescente algo revoltosa, me adoptó en la cosa política para enseñarme la dialéctica sin dogma de

la *cosa política* para enseñarme la dialéctica sin dogma de Robert Havemann, y lo siguiente.

Entre tantas futuras glorias en la Avenida de Málaga, aledaños de la Facultad de Derecho de esta cuna sevillana, Carmen nunca fue segundona sino todo lo contrario. No le interesaba el brillo, ni los brillos, era como la reina de las hormigas productivas, inteligente, audaz, sigilosa y discretamente encantadora, tanto que una sonrisa suya era tan cotizada que ella, que no amaba la Bolsa, la ponía en valor de vez en cuando y de cuando en vez, para advertir que existía.

Lo suyo era la justicia estrictamente social, sin demasiado despliegue de abanicos de colores, que llevaba parejo mucho viento y pocos molinos. Así se fue sumergiendo en el sindicalismo, sin colas de ratones ni cabezas de leones allí, en principio. Esa fue la escuela donde aprendió —y enseñó— el paradigma de las confluencias, de las de entonces. Con y entre los intelectuales.

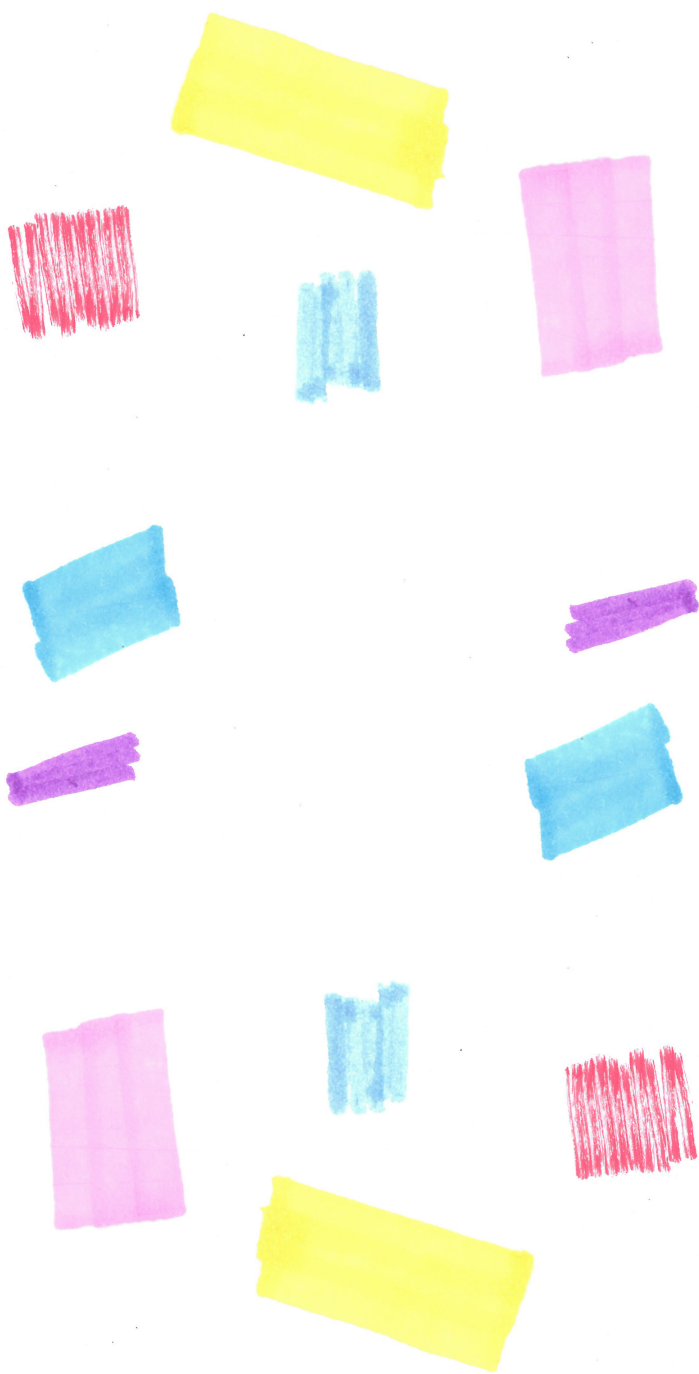
Luego vino el tiempo de los trampolines y las canteras, y saltó a la política institucional. No fue, aparentemente, una diputada de excelencia según los manuales del parlamentarismo, pero no perdió nunca una cualidad inestimable: la precisión en el trabajo. Compartimos en el Congreso de los diputados la VI Legislatura (1996-2000), yo tres bancadas más atrás, y no la recuerdo en el estrado —cosa que me sorprendía dada su solvencia— aunque, hay que reconocer, que la oratoria efectivamente era su talón de Aquiles. Pero no era ese el motivo, y entre muchas de las respuestas al no uso de la palabra, había una que, aunque despreciable, era la verídica: la penalización por ser cónyuge y ex cónyuge.

La enfermedad, esa que mata por dentro y por fuera, se detuvo en ella sin la compasión de quien pierde, a la vez, la salud y un trozo de su vida. Ese pedazo del que no te desprendes, sino que se desprende, con ese desapego masculino que a veces resquebraja las emociones, aunque, como dejara escrito Concepción Arenal *el dolor, cuando no se convierte en verdugo, es un gran maestro*.

Lo inesperado, por la autoría, fue la estética del formato del adiós. No hay juicio que emitir más allá de constatar que cada uno es dueño de sus palabras y esclavo de sus silencios. El desamor —ella lo expresó así— tenía los colores sepia de la prehistoria del prólogo y lo cuantifico en casi dos décadas antes de publicitar el hasta luego.

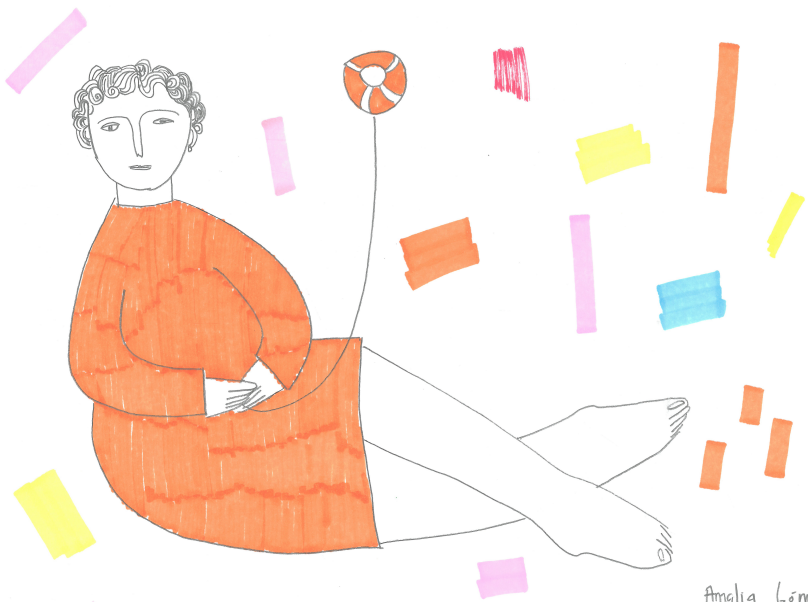
Ella, como Frida Kahlo, también debió pensar que *donde no puedas amar, no te demores*.

Desde el minuto cero de una relación tan oficialmente larga como inevitablemente fastuosa, Carmen renuncio —ostensible pero cortésmente— a ser el descanso del guerrero, y puso una pica en Flandes en cuanto a la autonomía de las mujeres. Lo hizo desde antes de casarse, a su manera; durante la boda en aquel pueblecito sevillano, a su manera; hasta llegar a la Moncloa como esposa, a su manera, y ni el Estado, ni el protocolo, ni su marido, ni la sociedad la doblegaron. Hubieran querido una Carmen de España o de Merimé, pero ella renunció a cumplir el guión y declinando, eso sí, a su manera, ser la primera dama de este país.



ANALIA GÓMEZ





Amalia Gómez

malia del derecho y del revés

Esta mujer pudo, no hace mucho, ser alcaldesa de Sevilla, pero tenía dos problemas: primero, que los sondeos daban que podía ganar, y eso nunca jamás ni para A, ni para su contrario; y segundo —y tan importante como lo anterior— que algunos consideraron que le sobraban unos gramos, por delante y por detrás, que le faltaba tinte platino a su no melena, y sobre todo, que podías ponerla del derecho y del revés y no caía una sola moneda. Estaba limpia de polvo y paja, por lo tanto, era algo más que peligrosa y no había dossier con el que chantajearla.

Tenía —y tiene— la mala costumbre de decir lo que piensa, de mirar a los ojos cuando habla y de no hacer lo que no debe, aunque se lo mande su mismísimo Presidente. Va tan ligera de equipaje, que no lleva ninguno. Es tan políticamente incorrecta por su descaro con los suyos, que los intimida, y tan lúcida en el reconocimiento del error y del acierto, que demasiadas de las suyas la desprecian y otras, las menos, incluso se le someten. Los hombres la utilizan y ella, a veces, juega a dejarse —exprimiéndoles, eso sí— logrando sacarles así buenas plusvalías para los más débiles.

Es tan atípica arriba, que se ha bajado con la inestimable ayuda de su cúpula, de quienes ella deja que la pongan y la quiten, si es para hacer patria con los de abajo. Si fuera altita, delgadita, rubita, calladita, y no tan obsesiva con la justicia social, y con hacer coincidir el

debe y el haber en los estadillos contables, posiblemente hoy no sería la Presidenta de la Cruz Roja, quizás fuera ministra de este gobierno en funciones.

Cuando fue Secretaria de Estado de Asuntos Sociales y domésticos con Aznar, y aun siendo una de las pocas personas de su gobierno que hizo cosas relevantes por la gente, jamás el hombre de las Azores la saludó como dios mandaba... Estaba de Ministro de Trabajo Javier Arenas, a quien Amalia profesaba una estimable lealtad personal. Ella cubría los vértices haciendo tándem con Manolo Pimentel, llevaba, lo que consideraban la cosa masculina de Empleo y Asuntos Adscritos, después... llegaron las Cumbres Borrascosas de William Wyler.

Recuerdo que los miércoles, en las sesiones de control al gobierno de España, solía tocarle con frecuencia al Ministro de Economía y Hacienda, el mismísimo Rodrigo Rato. Como, desde dentro, no había manera de arañarle calderilla para las cosas del segundo sexo, Amalia y yo misma decidimos tejer una red, menester habitual, y que no solo se hizo, como hoy reivindicamos algunos, en la Transición, sino que cada día, en cada barrio, en cada pueblo, se llegaban a acuerdos, sin traicionar a más iconos que el de la egolatría.

Siendo diputada rasa, como portavoz del tema mujer de IU, no olvidaba que se podía hurgar —para arrebatarse conquistas— desde todos los flancos, y ponía rumbo al Ministerio, a mal comer con Amalia. Allí pergeñábamos cómo desde la tribuna del Congreso, yo podía remover públicamente los déficits de género de quién, casi literalmente, era el distribuidor de los billetes.

Y no seamos simplistas en calificar aquellos baratos menús de cinco euros, de engranajes de la pinza

baratos menús de cinco euros, de engranajes de la pinza Aznar-Anguita, con la que tanto se fabuló. Amalia, también hizo mesa camilla con alguna que otra mujer, dirigente de otro partido igualmente relevante —y no afín— que, por razones obvias, se convierte en innombrable. Estas conjuras eran algo mucho más serio, puros lobbies de mujeres desafiando a las leyes de la gravedad política.

Yo sentía una cierta estupefacción cuando viajábamos juntas en el AVE y algún personal de la empresa en cuestión, se volcaba con ella de una manera tan endulzada que convertían la cortesía en reverencia. Y, a veces, los empleados parecían los atendidos y ella la azafata, porque se igualaba tanto que le costaba no servir ella misma las bebidas y los periódicos. Era excesivamente de carne y hueso, para ser quien era por los lares de Aznar.

Confieso que jamás me ayudó a mover un ápice con la Ley de Interrupción Voluntaria del Embarazo. No hubo manera. Lo peleaba con ella ilimitadamente, hasta que un día entendió que la única forma de evitar tan recargada presión fue susurrándome su santísima verdad: *Kechuchita, que no se te olvide nunca: hay dos cosas innegociables en mi vida, el aborto y el Orfidal*. Nunca más volví hablarle del peligroso asunto, pero fue tan honesta que me dijo: *tú peléalo, porque estas tan convencida que no hacerlo sería traicionarte*.

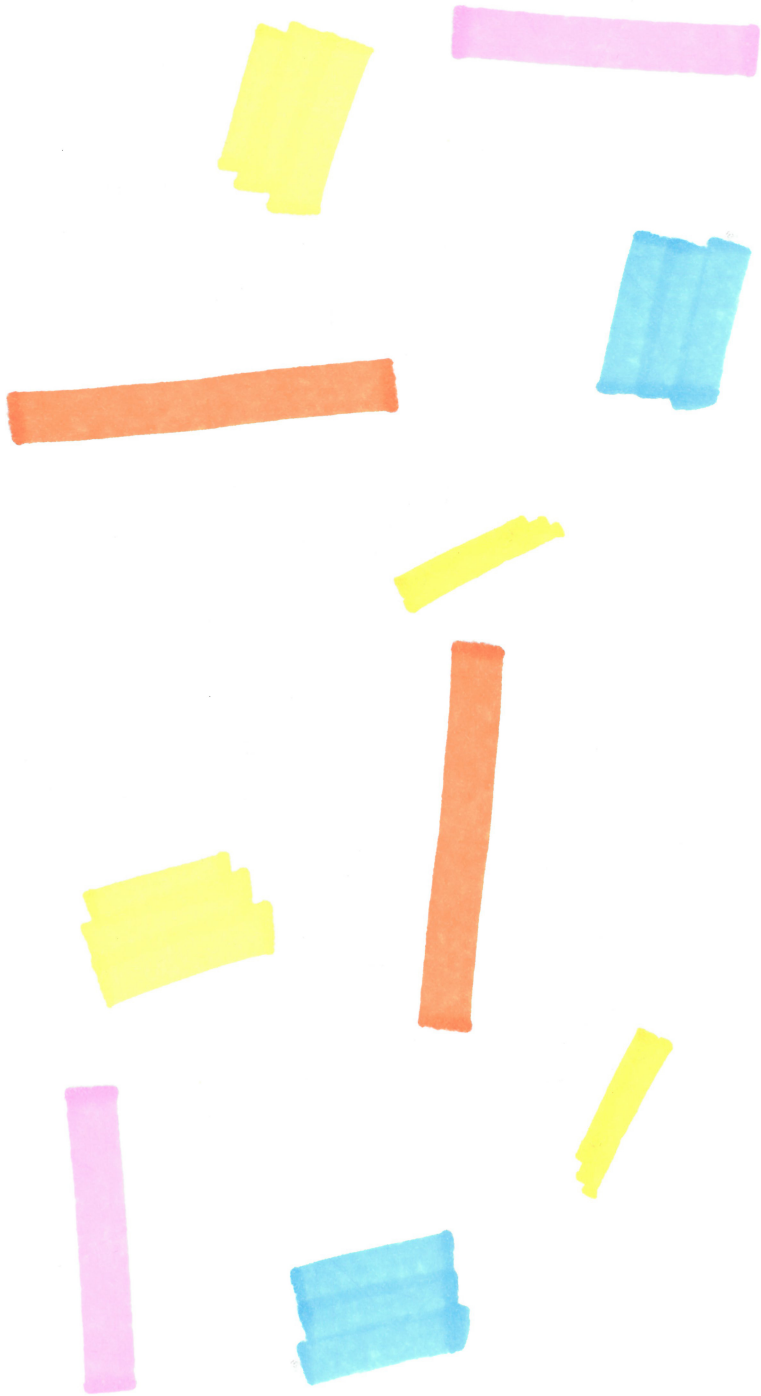
A nadie se le oculta que es extremadamente devota de sus propias imágenes, siendo los rezos tan medulares en su vida a veces ella misma se confunde con los hábitos de sus santas, que son pocas, pero son las elegidas. Y con la mirada en Santa Teresa, ella que puede, opta por sus propias *Calcutas*, situando en *Marinaleda* o en las Tres Mil Viviendas a sus iconos de la caridad.

las *Tres Mil Viviendas* a sus iconos de la caridad.

Abandonó la política activa cuando acabó el siglo, pero pasados los años la necesitaron para ganar en todos los confines. Ella contestó que, aun teniendo el gusanillo azul gaviota, se resistía a la cultura del codazo palaciego y terminó diciendo un simple y rotundo: “no”. Le aburría soberanamente lo fraticida de “*la melé*”.

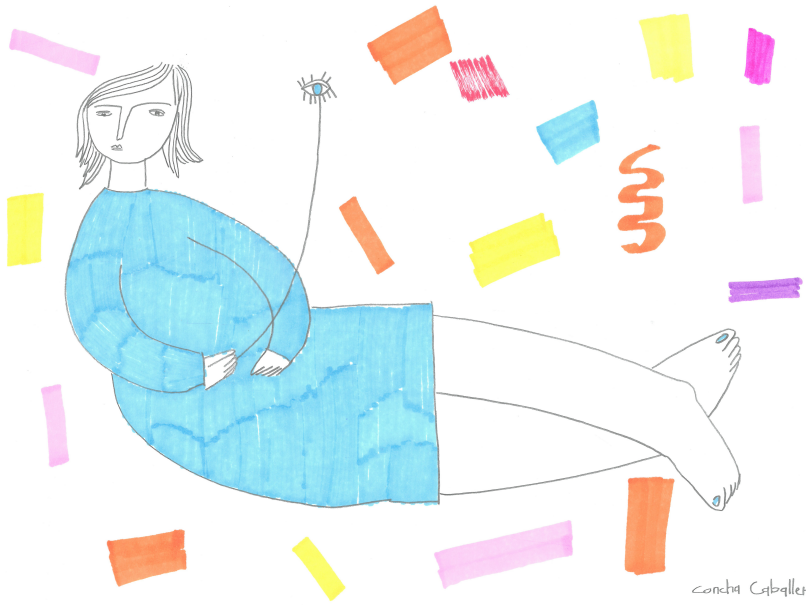
Se bajó definitivamente de la noria y desde las aulas —y desde sus legados manuscritos— escribió cosas como *El arte de saber respetar*, *La escuela sin ley*, o *Urraca señora de Zamora*. No olvidó la presentación de este libro, en el flamante Hotel Alfonso XIII, como no podía ser menos, y en donde la perlas de ellas, y los pasadores de ellos, consiguieron desbancarla sin más reconocimiento, que el de garbanzo negro de aquellas legumbres.

Amalia es tan culta, que lo disimula intencionadamente para no evidenciar las carencias de los demás. Tan verosímil, que no es creíble y menos aún en este ciclo del confuso vendaval. Tan amante de la vida, que es lo siguiente a hipocondriaca, y aunque está convencida que la aquejan achaques poliédricos, la ciencia no duda que padece los mismos males de *Charles Darwin*, *Marvel Proust*, o *Woody Allen*, los imaginarios. Y para colmo de desfachatez a su entorno, es tan poco ostentosa que la bisutería para ella es pura joyería. Por eso ha decidido ser la protagonista de su vida, igual que su Doña Urraca, “la mujer que sin corona decidió el destino de su reino”. En su caso, darle la papilla a sus nietas y el pan a los hambrientos.



CONCHA CABALLERO





Concha Caballero

oncha en blanco y negro

Concha Caballero atravesó la línea roja del medio siglo biológico, pero era tan descaradamente presumida que su talibana coherencia, para la ética y la estética, censuró que se pudiera apagar su seducción por atrapar, por contagiar, y por apadrinar. Tanto, que decidió materializar el principio del derecho a la vida con la misma legitimidad que el derecho a la muerte. Por eso, sin permiso, trastocó el guión de Amenábar tras analizar mil veces su película *Mar Adentro*.

Era exultante e insultante, tan inadvertida y piadosa para los tonos grises de la macro-política, como glamurosa para los tonos pastel de la micro-política. Incómoda pero inevitable. La avalaba su visible currículo político, y su *saber hacer*. Después, cuando el poder en el que se refugió la consideró amortizada, se incorporó a la tiza, acarició la sustancia de la calle y, siendo sutilmente agorafóbica, tuvo la osadía de no faltar jamás a ninguna cita pública. Ella *no podía ser menos* que Woody Allen, Marilyn Monroe, Alfred Hitchcock o Steven Spielberg, todos con el atributo de las fobias que te justifican para desinstalarte de lo que detestas. Nuestra amazona Concha venció el miedo pisando el asfalto, cual versión de Pablo Milanés, cantando a las alamedas liberadas de Santiago de Chile.

Competente en lo suyo, que no quiere decir en lo universal, pero tozuda irremediable, tertuliaba sin sonrojo sobre lo divino siendo atropelladamente mortal.

Se empeñaba en ser la mejor, y establecía sigilosas competiciones con algunas iguales. Nunca bajaba un peldaño para disputar nada a los de rango raso, para con ellos decidió emular a Rómulo y los amamantaba nodrizamente, concluyendo sus matriarcados fundando maquetas de Roma a las que mimaba como sus fortalezas y, que utilizábamos como fortines brigadistas del proyecto que nos hacían creer que dirigíamos.

Redactaba con la lucidez de quien maneja el verbo de la literatura, aunque no de la lengua. Gran maestra en el cumplimiento de la función comunicativa, jugaba al despiste y a veces, solo a veces, sus textos pretendían acariciar los cielos, pero a pesar de la bula otorgada, al final optó solo por retratar sabiamente la realidad y pedir para la vecindad clemencia.

Concha era sobradamente admirada y adulada. No catalogada nunca como maldita, algo que a veces se echaba de menos, cuando has sido comunista. Punta de lanza de oficialidad de una izquierda radical, de la oposición de la misma, y cofundadora de la transversalidad interna.

Tenía la habilidad de dejarse querer en el desamor, corresponder apasionadamente a los débiles, y abusar del plagio de Lauren Bacall con los superiores. Capaz de convertir un saludo en una declaración de amor, era una variable dulce como parienta política de Mata Hari, nuestra espía favorita. Iba de prisa, pero había *overbooking* en casi todos los jardines, aunque solo fueran simples bonsáis. Valiente y creativa, pero la razón a veces tenía tintes tan demolidores como marginales.

Ejercía la sana soberbia de postularse, y en ocasiones ganó para fortuna de quienes estábamos

navegando en el mismo barco. Fue la primera mujer portavoz del parlamento andaluz, ponente roja, verde y blanca de nuestro Estatuto, contrincante de dinosaurios fuertes y amables para dirigir la fuerza política que co-engeñó en Andalucía. Coordinadora en el laboratorio sevillano, luego vino lo demás: la pizarra, el micrófono, la pluma, y los escarceos desde la atalaya ganada a pulso desde donde usó el rumbo de su timón hacia donde quería transitar, sin más servidumbre que la del murmullo, que siempre se detenía en el peldaño anterior a su ansiada cima.

Te confieso, amada Concha, que a veces al recordarnos me siento en las antípodas del misticismo de San Juan de la Cruz, aunque cercana a su métrica del “vivo sin vivir en mí”, cuando tejía complicidades confesables con Santa Teresa de Jesús.

Demasiados domingos y fiestas de guardar en tu casa, conspirando allá arriba contra todos los chinitos y pedruscos que se nos cruzaban para hacer las revoluciones pendientes. No te oculto que aún siguen en la agenda, pero no dudes de Labordeta: “Habrá un día en que todos, al levantar la vista, veremos una tierra que ponga libertad”.



EPÍLOGO

Escribir sobre estas diez mujeres ha sido fácil y apasionante. Algunas son íntimas amigas, Otras, muy amigas y otras, simplemente amigas, que ya es una consideración de altísima intensidad. Con todas he tenido el placer de recorrer algún trayecto de mi vida, lo que me ha permitido seguir sus huellas sin reescribir la historia.

Este es el primer libro de una trilogía, donde cada título contendrá la verdad sin censura, también de las siguientes mujeres que faltan. A veces novelando realidades, pero siempre con el telón del guión de sus vidas hasta completar treinta imprescindibles, para dar paso a otro más, éste de mujeres anónimas, de heroínas sin voz y así hasta sesenta, número y edad mágica donde la sabiduría de lo aprendido, te podía calificar de *clásica*... aunque no siempre, más bien excepcionalmente; a veces se retrasa y, en la mayoría de los casos, se adelanta extraordinariamente, porque la edad biológica no es un medidor ni una garantía, ni para subir al altar, ni para bajar de ningún pedestal.

Todo empieza por la extremada virulencia que percibo, en cada observación de los rincones del micro espacio, sobre la competitividad entre las mujeres —primer triunfo del patriarcado— por lo que pensé en la necesidad de dar otra vuelta de tuerca a la indomable quietud de la observación directa, en la que a menudo nos instalamos. Y asistiendo atónita a la insistente provocación del sistema para que la sutil, o grotesca competitividad

entre nosotras, nos obligue a rumiar demasiado a menudo ese *quiero que te vaya bien, pero no mejor que a mí*.

Fue entonces cuando me decidí a indagar más y más y, confirmar como la anhelada sororidad que nos plantea Marcela Lagarde, estaba desequilibrándose, mediante ese currículo oculto que nosotras fabricamos por razones multi causales, posiblemente por instinto de supervivencia, o por razones de índole grupal identitario, y ocupándose fundamentalmente del vértice más psicológico, y subjetivo, estando la dimensión política de este feminismo contemporáneo manifiestamente devaluada. Y no es suficiente, ni mucho menos —aunque por supuesto imprescindible— el uso del refuerzo positivo de la otra, y la otra... y de las miles de mujeres.

Para todo esto es necesario desmontar la confrontación misógina entre nosotras, que nos distancia en la raíz y debilita como género, achicándonos individualmente, y neutralizándonos grupalmente, empezando por la idea radical de que las mujeres somos personas, como noción básica del feminismo, sin separarnos un ápice de la idea troncal de que la opresión y la dominación de la mujer, son fruto del férreo matrimonio, capitalismo y patriarcado.

“La mujer no nace, se hace” (Simone de Beauvoir) y los efectos secundarios como tal, en pleno siglo XXI, igual que la aplastante mayoría de mis semejantes, soy juzgada antes por mi género que por mi trabajo, mi compromiso, o mis logros, si los hubiera. La realidad es que mientras un hombre solo tiene que demostrar que es bueno, la mujer, en general, tiene que alcanzar la excelencia, tiene que ser tan rematada e incontestablemente brillante, que no haya manera de obviarla. Negar la desigualdad de género y los obstáculos

que seguimos encontrando las mujeres hoy día, es una trampa del feroz machismo en cualquiera de sus versiones.

Las mujeres en términos generales (feministas) no estamos en los círculos de confianza donde se ejerce el poder, y el motivo es básico: tienen la mayoría de los hombres un nivel de intereses, que está por encima del cargo que ocupan de manera coyuntural. Las mujeres no estamos..., aunque lo parezca, seguimos jugando con manifiesta desventaja, lo que orienta la discriminación positiva.

Ante esta realidad, creo que si queremos avanzar en igualdad desde la radicalidad, de no obviar ningún ángulo de la equidad, debemos redefinir las relaciones de poder. Porque si mayoritariamente siguen ejerciendo el poder los hombres, de forma abrumador, el patrón por el que seguirá rigiéndose la sociedad será masculino, ya que las incipientes alianzas con los hombres comprometidos, es muy minoritaria todavía, y en este sentido del paradigma de los equilibrios, necesitamos reconocer que uno de los mayores enemigos de las mujeres es su abnegación, en lo que insistía tremendamente airada Betty Friedman.

Es indispensable una masa crítica de mujeres que empujen el cambio, las cosas no se modificaran sin nosotras compartiendo liderazgos. Es por lo tanto más que obligado, asumir como ejes de nuestros retos, que la diana de nuestras estrategias, sea la lucha contra la indisoluble relación entre dominación patriarcal y explotación capitalista, y eso requiere empezar por atender solo a la razón despatriarcalizada, en lugar de ser las modestas esclavas de la opinión, que decía Mary Wollstonecraft.

Por lo tanto, tenemos que neutralizar la tendencia tradicional a naturalizar y ontologizar los rasgos identitarios que resultan de la relación dialéctica de dominación, en el marco de algunas ajustadas consideraciones de Kate Millett, las cuales han sido adulteradas y reinterpretadas, cuando plantea que la superación del economicismo permite el desarrollo de la noción de dominación, particularmente útil para la crítica a las relaciones de opresión de raza y sexo.

Hay que repensar las relaciones de poder, o las mujeres trabajamos colaborativamente unas con otras, además de lo demás, o nos va a seguir costando el doble conseguir la mitad. Por ello, planteo que nos tomemos muy en serio, ampliar y cualificar el concepto sororidad, acuñado por Marcela Lagarde.

Sororidad como conciencia común o pacto entre mujeres para modificar las relaciones de poder. Sororidad para apoyarnos, para tejer redes. Redes que protejan y amortigüen las caídas para así sentirnos más libres y menos atemorizadas a la hora de liderar como mujeres, con nuestros valores y principios, y sin ceder a la presión social que nos empuja a imitar a los hombres como medio de sobrevivir en el mundo laboral y público que nos sigue tratando con rechazo o paternalismo. Solo así conseguiremos convertir los ‘contratos de prueba’ en ‘indefinidos’. Solo así podremos permanecer cómodamente en el lugar al que, con tanto esfuerzo, estamos llegando.

Toda esta posición sobre la sororidad, paradigma de nuestro anclaje feminista, necesita subir el siguiente, y otros peldaños más, y esto significa:

El diseño de una estrategia netamente feminista, con un marcador que la convierta en una sororidad también extremadamente política, insertada en el universo del feminismo político.

Decía Rosa de Luxemburgo que “solo triunfaremos si no nos olvidamos desaprender y aprender”.

Nos enseñaron a ser rivales, pero decidimos ser aliadas...

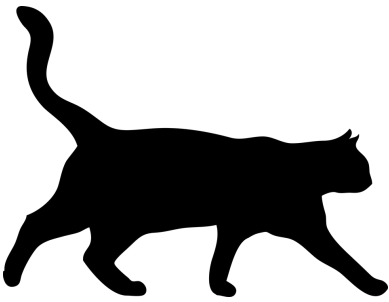
Kechu Aramburu
En Sevilla, 2021



Gakate-2002.

ÍNDICE

PRÓLOGO	
Kechu a diez voces (por Lola Álvarez-Morales)	7
JULIA HIDALGO	
La mujer que nunca se rinde	13
MÁRIA JOSÉ MORUNO	
La mujer que sabía a matriarca	19
MARGARITA LAVIANA	
Margarita y el salto a la tapia	27
PILAR TRONCOSO	
La mujer que sabía demasiado	35
MARGARITA AIZPURU	
Libre que te quiero libre	43
MAR CALDERÓN	
Mar por derecho	51
AURORA ATOCHE	
La mujer que que bajó a los entresijos	59
CARMEN ROMERO	
La mujer que declinó ser primera dama de España	67
AMALIA GÓMEZ	
Amalia del derecho y del revés	75
CONCHA CABALLERO	
Concha en blanco y negro	83
EPÍLOGO	87





La Editorial Fulmen es la realidad del sueño que acarició a lo largo de su vida la librera sevillana, María González Pérez (1941/1999). Su amor por los libros y su compromiso con las mujeres hizo que se convirtiera en referente del feminismo cultural durante el último tercio del siglo pasado. Como tenía pasión por los gatos supo engatusar a sus herederas, en la Fundación que hoy lleva su nombre, para materializar su sueño y continuar la tarea de dar la palabra a las mujeres.

“Fulmen de Poesía” editó tres obras en vida de la librera. Después, la FMF sacó a la luz otras tres dentro de la colección “Mujeres del Sur”. Con la “Editorial Fulmen” (2018), la Fundación brinda de nuevo a las mujeres este espacio material o virtual que es hoy el libro, donde expresar su sentir y su pensar.

María Fulmen amaba los gatos. También coleccionaba postales y cromos antiguos, como la postal que encabeza esta página, que, a modo de *ex-libris*, es imagen de nuestro sello editorial.

Este libro se terminó de maquetar, con
trabajo amor y alegría, el 4 de
septiembre de 2021, tras la quinta (o
la sexta, que ya hemos perdido la
cuenta) ola de la pandemia, y tras un
verano de noticias devastadoras,
calores extremos y gotas frías
catastróficas, esperando contra toda
esperanza y a pesar de todos los
pesares que el aire fresco de poniente
que nos trae este mes recién estrenado
augure un cambio radical de paradigma
social que venga acompañado de vientos
de libertad para las mujeres afganas,
chinas, griegas, saudíes, indonesias,
colombianas, senegalesas, rumanas,
inglesas, españolas... y
para todas las mujeres, que hoy y
siempre seguimos luchando y
resistiendo.

